

EL DIFUNTO ES UN VIVO

SERIE ALFA

PRADA e IQUINO



Editorial **Las**



Biblioteca Film Nacional

ANTONIO VICO

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTEN LENOX TILDEN FOUNDATION

500 N. 5TH ST. NEW YORK 17, N.Y.

1968 MAR 25

LIBRARY

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000



AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

**CARRERA, 14 y 16
BARCELONA**

**TOPIAN, 38
MADRID**

Reservados los derechos de
reproducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA

Valencia, 234 - Teléfono 70657

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:
Ramón Sala Verdguer

EDITORIAL



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Montado 707 - Teléfono 70657
BARCELONA

AÑO II

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NÚM. 23

EL DIFUNTO ES UN VIVO

EL autor ha sabido, dentro del tema de una originalidad extraordinaria, ir enlazando una serie de escenas magníficas, que sirven para que el argumento se siga con un interés creciente y que su amenidad no decaiga un solo instante.



ARGUMENTO CINEMATOGRAFICO BASADO
EN LA OBRA DEL MISMO TÍTULO, ORIGINAL DE

PRADA E IQUINO

CREACIÓN DE

ANTONIO VICO

SUPERPRODUCCION
NACIONAL

C. I. F. E. S. A.

Calle de Valencia, 233 - BARCELONA
Calle del Mar, 60 - VALENCIA

pesar de los malos consejos de su madre.

Doña Restituta, madre de Elsa y suegra de don Inocencio, era una de esas cuarentonas ridículas para quienes la juventud no tiene años y que quería gozar de su segunda juventud con más ansias todavía que cuando tenía veinte años. Habíase quedado viuda y él consintió en que Elsa se casara con aquel hombre tímido y apocado, era porque tuvo el presentimiento de poder hacer de él lo que le diera la gana y además disfrutar de su fortuna para llevar una gran vida de sociedad.

Pero todos estos planes se vinieron a tierra, después de casados los dos jóvenes. Se encontró con que Inocencio detestaba la vida de sociedad y que su única distracción era el cuidado de cuantos animales caían en sus manos.

La casa parecía un verdadero parque zoológico. Allí había animales de todas clases: perros, gatos, canarios, loros, peces, etc. Y a medida que pasaba el tiempo mayor iba haciéndose el odio que doña Restituta iba sintiendo por su yerno, odio que a decir verdad era correspondido por él en toda su amplitud.

El hacer salir a Inocencio a un baile, a un teatro o a cualquiera otra fiesta nocturna, era casi imposible. Siempre encontraba un motivo para

disculparse y conseguir que su mujer tampoco asistiese a ninguna de ellas.

Por fin concibió don Inocencio la idea de que lo mejor era alejar a su mujer de la vida de sociedad, y sobre todo para alejarla de todos aquellos moscardones que continuamente le venían cortejando, era la de trasladarse al campo y vivir allí tranquilamente el amor que Elsa había despertado en su corazón.

Y allí en aquella finca fue donde don Inocencio creyó encontrar la paz que tanto necesitaba, aunque muchas veces fuese su suegra la que la alterase. Pero, por lo menos él podía hacer la vida que le gustaba y además se veía libre de todos aquellos admiradores de la belleza de su esposa.

Muy de mañana se levantaba don Inocencio, procurando no despertar a su media naranja, y sin que nadie le interrumpiera comenzaba el cuidado de sus animalitos, hasta que poco a poco iban saliendo de sus habitaciones los demás criados y Elsa, a quien él siempre esperaba anhelante.

Todo marchaba a pedir de boca hasta que un día la desgracia entró por las puertas y se convirtió en un verdadero calvario la vida de don Inocencio.

Serían las seis de la mañana cuando el despertador colocado sobre la mesilla de noche comenzó a tocar. Don Inocencio alargó el brazo, paró el reloj y se arrojó de la cama. Se calzó las zapatillas y se encaminó hacia el cuarto de baño. Cugló una botella de magnesia, se echó un puñado en la mano y después de llenar un vaso de agua echó la magnesia dentro de él. Se bebió el contenido del vaso y se miró al espejo. Su cara expresó una sonrisa de satisfacción. Después se afeitó cuidadosamente y se dirigió al cuarto donde tenía toda su ropa cuidadosamente arreglada. Una a una fué cogiendo cada prenda que necesitaba, hasta que por fin quedó vestido, poniéndose su batín. Salíó al pasillo y en su rostro se demostró una gran extrañeza al notar cierto peso en uno de los bolsillos. Metió la mano dentro de él y sacó un gatito, al que acarició paternalmente. Después hizo su visita a la jaula del canario. Luego se puso a jugar con los perritos que salieron a su encuentro y una vez terminadas todas sus visitas se fué hacia el comedor, seguido de los perritos, que no dejaban de ladrar.

No había hecho más que sentarse, cuando apareció la criada. Miró el reloj y temiendo ser reprendida

procuró mostrarse lo más amable posible, diciéndole:

—Buenos días, don Inocencio.

Don Inocencio la miró malhumorado y exclamó:

—¿No sabes que a las seis y media en punto es la hora del desayuno?

—Sólo pasan cinco minutos, señor — respondió tímidamente la criada.

—Si llegas cinco minutos después de la salida del expreso, ¿no sabes lo que pasa?—le dijo don Inocencio?— ¿No sabes lo que pasa? ¿Dí?... Pues pasa... anda, pasa, no te quedes ahí como un pasmarote.

Segundos después entró Tortuga, el criado de don Inocencio, y le preguntó:

—Buenos días, señor amo, ¿qué tal se ha descansado?

Don Inocencio miró también malhumorado al criado por su retraso, y le respondió:

—He descansado como me ha dado la gana. Te presentas ante mí seis minutos más tarde de lo ordenado.

—Me retrasé un poco—se excusó el criado—porque tuve que llevarle una taza de té a doña Restituta.

Don Inocencio, que estaba a punto de llevarse a la boca la primera

cucharada de sopa, se volvió airadamente al criado y le dijo:

—Yo ya te he dicho que debes ocuparte de todos los animales, menos de mi suegra.

Fue repartiendo la comida a los perros y mientras le recomendó a Tortuga:

—Preparas el gallinero de invierno para las gallinas, porque empieza a refrescar... Le das un buen caldo a la cabra convaleciente y a la gata que está criando le das una yema con jerez.

Así se hará, don Inocencio—le dijo el criado.

—Todo a su hora, que el tema de mi vida es la puntualidad y el cronometrismo, ya lo sabes.

—Está bien, don Inocencio—respondió al criado.

—Gracias al régimen de mi vida, soy el más fuerte de todos—siguió diciéndole—, y ya ves lo que como... Una patatita y una sopa de ajos.

—Pues el huésped que llegó anoche—le dijo Tortuga—, hay que ver lo que ha tragado.

—El gran Mauricio Clonfort—exclamó la criada—. Un hombre maravilloso... Un artista de cine.

Don Inocencio, sin hacer caso a lo que decía la criada, siguió dándole más comida a los perros, y Tortuga siguió comentando:

—Creo que pasará todo el verano en esta finca.

La criada suspiró ridículamente, acordándose de la encantadora figura del artista, y exclamó:

—Yo he soñado toda la noche con él.

Don Inocencio, después de mirar al criado, se levantó de la mesa y se acercó a un mueble auxiliar donde estaba la fotografía de su esposa.

—Es tan elegante y tan guapo...

—siguió diciendo entusiasmada la criada.

—La verdadera belleza no está en lo físico—le dijo don Inocencio—. Lo perdurable son las cualidades morales, los rasgos psíquicos que trazan un carácter humanamente perfecto y digno, como dice Kent en su... ¿Tú conoces a Kent?

—Yo, no, señor—respondió la criada.

—No seas analfabética, mujer—le reprendió don Inocencio—. En fin, se terminó la sesión. Anda, criada, que tienes que llevar al loro al veterinario para hacerle una radiografía.

Poco a poco la casa fue animándose a medida que avanzaba la mañana y cerca de las diez de la misma el «challa» de la casa parecía el de un verdadero hotel. Cruzaba los criados con grandes bandejas dirigiéndose y saliendo del comedor, y

una de las criadas no pudo menos que comentar, dirigiéndose a otra compañera:

—¿Qué derroche?

—Sí, hija—respondió la otra—; y el señorito Inocencio comiendo sopas de ajos.

En la mesa del comedor, donde la doncella iba sirviendo el almuerzo, se hallaban reunidos Elsa, doña Restituta y el célebre Mauricio. Era éste un tipo exageradamente pagado de su belleza física, un tipo afectado y que se hacía extremadamente empalagoso, oyéndole contar todas sus aventuras, las más de ellas hijas solamente de su pedantería. Doña Restituta procuraba serle lo más agradable posible y Elsa extremaba también sus solicitudes, sirviéndole ella misma el almuerzo.

—¿Otra tostadita? — le ofreció Elsa.

—Gentilísima — respondió Mauricio, aceptándola.

—¿Un poquito más de mermelada? — le preguntó doña Restituta—. Es usted fotogénico, hasta desayunando — le dijo entusiasmada.

El artista se daba cuenta de la impresión que había hecho a las dos mujeres y se sometía a aquel aluvión de galanterías, pensando que en aquella finca se vivía muy bien, además de poder estar al lado de una mujercita encantadora. Pero cuan-

do más engreído estaba pensando en los días que pasaría allí, se vió desagradablemente sorprendido por la presencia de un posible rival. Era éste un muchacho que se llamaba Juanito. Tenía los mismos inconvenientes que el artista, en cuanto a petantería y poco seso, por lo que nos ahorra el hacer su análisis personal. Cuando entró en el comedor, venía de jugar al tenis y doña Restituta le llamó cariñosamente, diciéndole:

—Juanito...

—¿Doña Tutita? — le dijo él zalamero—. Buenos días, Elsa.

Elsa le presentó a Mauricio, diciéndole:

—Nuestro amigo Juanito Pino y Nogal... Abogado.

—Y madera de gran personaje — terminó diciendo doña Restituta.

—«Ja du yu dux»? — respondió el artista, queriéndoselas dar de hombre fino.

—Gracias, acabo de tirarlo — respondió Juanita, queriéndole dejar en ridículo, pues desde el primer instante advirtió en él a un rival.

Mientras tanto, en el «hall» empezaron los criados a descargar baúles y maletas y don Inocencio le preguntó a Tortuga:

—Pero, ¿qué es todo esto?

—Es el equipaje del artista — le respondió el criado.

—Caracoles... Yo he viajado siempre con un maletín.

—Tenga en cuenta que es un hombre que se cambia de traje diez veces al día—le dijo el criado, que no era muy afecto al artista. Lo hace para deslumbrar a las mujeres. No hay quien se le resista.

Aquello fué lo que más intranquilizó a don Inocencio. Temió por el cariño de su esposa y sin darse cuenta de que aun llevaba puesta la chaquetilla del pijama, entró en el comedor, donde estaban almorzando sus invitados con su familia, y saludó, no con mucha cortesía, diciendo:

—Buenos días.

Nadie respondió a su saludo, e Inocencio, conformándose con aquel silencio se acercó a su mujer para darle el beso de todas las mañanas, pero ella se retiró suavemente, diciéndolo:

—No es el momento, Inocencio.

Su suegra, al verle vestido de aquella forma, no pudo contenerse y exclamó indignada:

—Podía usted habersa vestido como las personas para penetrar en el comedor, donde estamos alternando con gente «chica».

—Desde esta noche, si usted quiere—le dijo don Inocencio, mirándola en forma de asesino—, dormiré con frac.

Y fijándose en el artista, prosiguió:

—Y además, usará rimel.

Mauricio comprendió por quién iba aquella alusión, pero se contuvo y Elsa, que también lo adivinó, quiso evitar una escena entre su madre y su marido, y le dijo a Mauricio:

—Vamos a enseñarle a usted nuestra finca, Mauricio.

Empezaron a salir, y al llegar Mauricio a la puerta se detuvo para decirle a don Inocencio:

—Dígame, don Inocencio... ¿Han llevado ya el equipaje a mis habitaciones?

Don Inocencio, algo desconcertado por aquella descortesía, le contestó:

—Se ha equivocado usted de número, joven... Vuelva usted a marcar.

—No, no—insistió el artista—. Solamente lo decía para colgar la ropa en el armario... Además, he de volverme a cambiar de traje.

Don Inocencio, desando darle a comprender que su presencia le era molesta, le dijo:

—Como sus ocupaciones nos privarán de la alegría de tenerle muchos días en esta casa (que es mía), no necesita arreglar su ropa, ni molestarse.

Doña Restituta, que comprendió lo que su yerno quería decir, le dirigió una mirada de odio y cogiendo de un brazo a Mauricio, le dijo:

—No le haga usted caso... Es muy fino mi yerno.

—¡Bah! — exclamó despectivamente Mauricio—. Yo le admiro, porque en el fondo es un humorista. Ya estoy enterado de sus aficiones, don Inocencio; sé que colecciona usted insectos y amasa pulgas...

—No le haga usted caso— insistió doña Restituta—. Esas son ridiculeces... A mí me tieme volada.

—Yo creo que todas esas manías las ha cogido desde que sigue el régimen vegetariano — explicó Elsa, queriéndole disculpar.

—Otra idiotez — exclamó doña Restituta.

—Pero vamos—le dijo Mauricio sonriendo maliciosamente—, que de vez en cuando algún pedacito de pollo... ¿verdad?

—Jamás — protestó don Inocencio.

—Bueno, alguna chuletita de cordero—volvió a decirle Mauricio.

—Nunca — respondió enérgico don Inocencio.

—Es raro—comentó Mauricio—, pero no me negará usted que en las Navidades matará usted un magnífico pavo...

—No, señor — le dijo don Inocencio—. En las Navidades matamos una coliflor. No le interesa.

Doña Restituta, que advirtió el tono con que hablaba su yerno, temió que el artista pudiera molestarse, y se lo llevó del brazo, diciéndole:

—Es muy ocurente mi «hijo». Vamos, Mauricio, vámonos.

Fueron saliendo todos, y cuando ya estaban fuera, entró Elsa y le dijo, molesta por su actitud:

—Grosero... Me pones constantemente en ridículo.

—Eres injusta conmigo, Elsa—le dijo él cariñosamente.

—A tu lado no puede haber felicidad ni alegría—siguió diciéndole ella.

—Yo satisfago todos tus caprichos, Elsa.

—Ninguno — protestó su mujer—. ¿Que a mí me gusta viajar? Pues aquí nos pasamos todo el verano. ¿Que amo la vida de sociedad? Tú te presentas siempre hecho una facha para mortificarme y ponermos en ridículo...

—Pero Elsa de mi alma—intentó persuadirla él—; yo amo la tranquilidad... la paz del hogar... Escucha, mujer...

Elsa salió del comedor diciéndole finalmente para poner fin a la escena:

—No tengo nada que escuchar-te... Hemos terminado.

A poco de salir su mujer, entró su suegra y se encaró también con don Inocencio, diciéndole:

—Es usted un canibal... Un salvaje... No tiene educación ni elegancia...

—Pero tengo ecuanimidad y solvencia — respondió don Inocencio haciéndole cara—. Aquí estamos en una casa de campo para vivir tranquilos... y a la pata la llana.

—¡Oh, qué frase!—exclamó escandalizada—; escuchar estas cosas una dama de mi prosapia y de mi linaje...

—Si quiere usted que le lleven la cola, se va usted a Versailles... Cursi —terminó diciéndole.

Ella se volvió como si la hubiesen pisado un pie y exclamó:

—Dinosaurio... Sabandija... ¡En qué mala hora le entregué mi hija!

Por fin se fué, dejándole tranquilo, y Mauricio, ya por tercera vez, se disponía a beber un vaso de agua cuando entró Tortuga alarmado, diciéndole:

—Señor amo... Señor amo...

—¿Qué pasa? — preguntó don Inocencio.

—El Pichi, que se ha escapado y en la carretera un auto le ha roto una pata. En la manera de ladrar he comprendido que le llamaba a usted.

—Vamos corriendo — exclamó don Inocencio, no acordándose ya del agua ni de nada.

LA LECCION DE MUSICA

POCO después se hallaba don Inocencio en la cocina, curando al perro que había sido atropellado. Lo tenía colocado sobre una mesa y Tortuga le servía de ayudante en aquella operación.

Cuando ya lo tenía vendado, don Inocencio se dirigió para rogar algún bote, y su indignación no tuvo límites cuando se vió ante las narices una tira de papel de goma para cazar las moscas. Echó una mirada furiosa a su suegra, que entró en aquel instante y exclamó:

—¡No hay derecho, vamos! Esto no se puede tolerar... Las moscas tienen el mismo derecho a vivir que usted, señora... Poner un papel de estos para que la mosca inocentemente pique, eso es una felonía.

—Pues, ¿qué quiere usted?—le dijo su suegra—. ¿Que las criemos con biberón?

Don Inocencio estaba indignado, y mientras hacía esfuerzos por despegarse aquel papel que iba pasando de una mano a otra sin poder conseguir desasirse de él, siguió diciendo:

—Yo necesito matar a esta mujer para vivir tranquilo... Quédate al cuidado de Pichi, Tortuga... Dale una aspirina y un tazón de café con leche.

—Sí, señor—respondió el criado.

—Ah, y si me llama, me avisas.

—¡Un tazón de café!—comentó irónicamente doña Restituta—. No tuviste esa delicadeza conmigo, cuando tuve la grippe.

—Porque los animales son más dignos que usted, señora, por lo menos son más agradecidos—le dijo don Inocencio.

—¡Oh!—exclamó ella al oírse insultar así.

—Y más educados — siguió diciéndole don Inocencio—. Y no llevan impertinentes como usted, ni lo son.

Sin quererla escuchar salió fuera de la cocina y al entrar en el comedor vió a varios hombres que habían entrado con varios paquetes y les preguntó:

—¿Qué desean?

—Estos paquetes, que vienen de Madrid.

—¡Por fin!—exclamó alegremente doña Restituta, que iba detrás de su yerno para decirle algo más de lo que él le había dicho a ella, pero que lo olvidó todo a la vista de aquellos paquetes—. Ya están aquí los uniformes.

Llamó al criado y le ordenó:

—Tortuga... Llévate esto en seguida. Hoy servirás la mesa con tu flamante frac.

—¿Pero es que va usted a vestir a los criados de etiqueta?—preguntó asombrado don Inocencio.

—Naturalmente — le respondió ella—. Estamos en una casa de personas elegantes, aunque tú nos avergüences con tu indumentaria.

—Es usted más cursi que un hongo, señora—le dijo él despectivamente.

—Y usted un paquidermo—exclamó ella marchándose hacia sus habitaciones.

Don Inocencio subió con ella los escalones del otro piso y le gritó:

—¡Hipercilidrica!

Estaba aquella mañana don Inocencio como para que le pidieran un favor. Y por si aun era poco lo que le ocurría, llegaron hasta él los acordes del piano y pensó en aquellastra ridiculez de su mujer. ¿Cómo se le había ocurrido a sus años aprender música? Claro que todo era por culpa de su suegra.

Sigilosamente entró al salón de música y se colocó cerca del piano, escuchando la lección que daba su esposa. Elsa, al advertir su presencia, no pudo dominar sus nervios y exclamó:

—Maestro, dejaremos la lección para mañana.

—Puedes seguir — replicó don Inocencio—. Estoy acostumbrado a oírte tocar el piano.

—Eres un farsante—exclamó Elsa ofendida—. No te gusta la música porque no tienes espiritualidad. ¡Qué diferente eres de tu hermano!

El profesor, al oír el nombre del hermano de Inocencio, exclamó entusiasmado:

—¡Oh! Su hermano es un genio... En el mundo entero se le admira como un virtuoso de la música...

Ella los dejó solos y el profesor siguió diciéndole:

—Su esposa también es un prodigio. Hay que ver cómo progresa con mis lecciones. Pronto ejecutará a Beethoven... a Wagner... a Mozart...

Don Inocencio, mirando muy amoscado al profesor, le interrumpió para decirle:

—¿Y no hay ningún discípulo que le ejecute a usted?... A mí me revienta el piano.

—Pues sería un crimen privarla de la música... Usted no se ha dado cuenta de cómo toca su mujer.

Don Inocencio miró aun más soliviantado al profesor y le preguntó irónicamente:

—¿Y usted si se ha dado cuenta?

El pobre profesor empezó a ponerse tan nervioso ante don Inocencio, que sin darse cuenta empezó a guiñar lo ojos a uno y otro lado, y don Inocencio, creyendo que lo hacía con otra intención, le miró de tal modo que el profesor se excusó asustado, diciéndole:

—Oh, perdón, caballero, perdón; pero siempre me ocurre lo mismo... No lo tome a mal, es un tic nervioso.

—Pues tenga usted muchísimo

cuidado—le dijo amenazador don Inocencio—, porque yo tengo un gafe que cuando le da el tic epiléptico se queda solo.

El profesor, ante la actitud de don Inocencio, fué retrocediendo hasta la puerta, y al verse cerca de ella, huyó como alma que lleva el diablo.

Cuando don Inocencio quedó solo toda su energía se desplomó. Se fué en busca de su íntimo amigo Luquitas, que vivía con ellos desde que se casaron, y sentándose junto a él, exclamó:

—No puedo más, Luquitas, no puedo más.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Luquitas, que a pesar de su diminutivo nombre contaba ya con sus cincuenta años—. ¿Te ha dolido la cabeza antes de la hora de costumbre?

—Soy muy desgraciado, Luquitas—volvió a decirle don Inocencio.

—¿Se ha confirmado la apendicitis del loro?—le preguntó Luquitas bromeando.

—Déjate de chanzas, Luquitas—le suplicó.

—Entonces has tenido otro disgusto con tu mujer. Como si lo viera.

—Mira, Luquitas, ya sabes que yo amo la tranquilidad, el orden, la paz del hogar y la vida de campo.

—Ya lo sé—respondió Luquitas.

—Pues Elsa está aquí a la fuerza. Ella quisiera vivir en París, en Londres, en Mollywood... Y esa neurastenia turística se la ha inculcado mi suegra... La suegra es el único animal que Noé no debió haber metido en el Arca... No se comprende el Diluvio Universal, estando la suegra a salvo.

—Sí, ya sé que ha invitado a un artista de moda... del que se enamoran todas las mujeres.

—¿Crees tú que mi mujer se ha fijado en él? —preguntó alarmado don Inocencio.

—Elsa es una mujer virtuosa— contestó convencido Luquitas.

—Pero yo no vivo. Luquitas, no descansas, no duermas... Mi mujer no me quiere.

—No digas disparates—exclamó Luquitas.

—Es que tú no lo has visto todo—le explicó don Inocencio—. Hoy, durante el almuerzo, le ha ofrecido pescado al cineasta y le ha dicho: «Tome usted más bonito», estoy seguro que después del «más» habla una coma.

Luquitas intentó persuadirlo de que aquella coma no existía y procuró tranquilizarlo algo.

Pero pasaban los días, seguían en la casa el artista y Juanito y seguían los celos de don Inocencio más fuertes que nunca. Apenas si podía ha-

blar con ella, pues se la tenían acaparada entre los dos y don Inocencio existía en la casa lo mismo que existían otros tantos muebles a quien nadie les hacía caso.

Sin embargo doña Restituta estaba que no cabía en sí de gozo. Aquella estancia del famoso artista en su casa le daba una categoría extraordinaria y procuraba lanzarle ciertas miraditas languidas para que él no notase que tampoco había pasado inadvertida para ella su elegante figura.

Procuraba pescarlo a solas siempre que podía y una mañana, después de haber paseado con él por los jardines de la finca, regresó a la casa y fué en busca de su hija, que estaba acompañada de Juanito; tocando el piano.

Entró riendo a carcajadas y le dijo a Juanito, refiriéndose a Mauricio:

—Todos nos sentimos orgullosos de que esta gran figura del cine se haya dignado pasar unos días en este pueblo.

—Ayer nos hicieron con él unas fotografías para un periódico de Madrid—dijo Elsa.

—El que cada día está más intratable y grosero con el cineasta, es mi yerno. ¡Uf! ¡Qué asco de hombre!... Con las pulmonías que corren por el mundo y tu marido sin

coger una. A tanta gente simpática que atropelian los coches todos los días, y no hay siquiera un mal camión que se acuerde de él...

—Mamá, por Dios — protestó Elsa.

—¿Tiene usted cada golpe?... — exclamó Juanito, riendo las ideas de doña Restituta.

—Se profesan un cariño inmenso — comentó riendo Elsa.

Todos se echaron a reír ante las ocurrencias de doña Restituta, cuando se abrió la puerta y apareció don Inocencio, exclamando:

—Estamos todos muy alegres, ¿eh?

Juanito, algo nervioso, se volvió hacia don Inocencio y le dijo:

—Hola, Inocencio... He venido a veros...

—Siempre da la casualidad de que vienes cuando yo no estoy — le dijo don Inocencio.

—Casualidad será — replicó Juanito, sin saber qué excusa dar.

—O intención — terminó diciéndole — A mí con hipocresías, no.

—Inocencio — exclamó Elsa ofendida en su dignidad de mujer, ante los celos de su marido.

—Tú tienes muchas cosas que hacer — siguió diciéndole — y es lástima que vengas aquí a perder el tiempo.

—Esto es echarme de esta casa — exclamó ofendido Juanito.

—Echarte, no, pero sí decirte que mi mujer no necesita de tu compañía, y supongo que a mi queridísima «mamá» tampoco.

Doña Restituta se volvió airadamente hacia su yerno y exclamó ofendida:

—Esta es una ofensa a mi hija y a este amigo entrañable que yo no tolero.

—¡Qué vergüenza! — exclamó Elsa, saliendo de la estancia sin atreverse a levantar la vista del suelo.

Juanito se adelantó a ella para disculparse, y la detuvo, diciéndole:

—Lo siento, Elsa. Tu marido, con el trato constante con los animales se contagia, pero no tiene importancia... Buenas tardes.

Se fué antes de que pudiera hacerle caso, y Elsa al quedar sola, exclamó desesperada:

—No puedo más..., no puedo más... Me pones constantemente en ridículo... En que mala hora me casé contigo.

Inocencio, dulcificando su voz y queriéndose hacer comprender por su mujer, le dijo:

—Porque te quiero, Elsa..., porque te quiero y estoy harto de todos estos abejorros que te rodean...

—Porque es usted un perfecto canibal — le dijo su suegra.

—Los loros a la jaula—le respondió don Inocencio.

—Inocencio, que es mi madre—le advirtió Elsa.

—Desgraciadamente, porque si no fuera tu madre no sería mi suegra—respondió él.

—La culpa es mía por haber entregado mi hija a un puercito espín como usted—le dijo su suegra.

Don Inocencio, dejándose llevar por el odio que sentía hacia aquella mujer, que le hacía la vida tan insoportable, exclamó amenazándola:

—Doña Restituta, no me ataque usted los nervios, porque hoy se comete en esta casa un suenecidio...

Elsa, ante aquella escena, cogió a su madre, y exclamó llorando:

—Yo no puedo vivir así... Con este hombre soy muy desgraciada.

Su madre la abrazó cariñosamente, diciéndole:

—La única solución es separarte de él, porque un hombre que tiene más atenciones con los grillos que con su mujer no merece ni tu consideración ni tu cariño, y si mi desprecio, mi repulsa y mi vituperio.

—Tiene usted peores instintos

que un miura, ex señora—exclamó don Inocencio.

—Cada uno por vuestro lado—siguió diciéndole su madre—. Tú, a la casa de fieras—le dijo a don Inocencio—; allí estarás en tu ambiente, y esta desventurada hija mía, esta tórtola, a vivir, a volar, a desclavizarse.

—Sí, mamá—dijo Elsa—. Mañana mismo nos separamos... Con este hombre soy muy desgraciada.

Se fué con su madre, y don Inocencio, ante el temor de perder a su mujer, la llamó cariñosamente. Su voz era más que una súplica un lamento.

—¡Elsa!... ¡Elsa!...

Doña Restituta la condujo a su cuarto y luego cruzó por delante de su yerno sin mirarle siquiera para ir al suyo, y don Inocencio subió con ella, diciéndole:

—¡Bicho..., serpiente..., hiena!

Y cuando bajó de nuevo se acordó que aun no le había dicho el último insulto, el más fuerte de todos, y subió de nuevo para gritarle desde la puerta:

—¡SUEGRA!

HABLANDO CON SU CONCIENCIA

DESPUES de esta escena con su mujer quedó el pobre don Inocencio en un estado de abatimiento enorme. Comprendía que su mujer no le amaba. Estaba seguro de ello y toda la culpa era de su suegra. Se acordó de los primeros meses de matrimonio lo felices que eran y le parecía mentira que Elsa hubiera cambiado tanto. No era pequeña tampoco la culpa de él por ser un hombre tan apocado de espíritu.

Entró en su despacho y se dejó caer abrumado en un sillón. Ante él tenía la fotografía de su hermano. La cogió y leyó su dedicatoria, que decía:

«A mi querido hermano, que al casarse dejó de serlo y se convirtió en un primo.—Fulgencio». Qué di-

ferente era él de aquel hermano que se hallaba en América. Aquél era otro carácter. Era un hombre decidido, enérgico, incapaz de aguantar una suegra como la suya.

Recorrió la vista por el despacho y se detuvo ante el retrato al óleo de sus padres y otro suyo. De pronto sintió como si se animase su retrato; sintió una voz que era la suya misma, y que le decía:

—Todo esto te pasa por ser demasiado bueno; tu mujer se ríe de ti..., y tu suegra se carcajea.

—Es que yo esperaba conseguir la felicidad, siendo complaciente, bondadoso—se respondió don Inocencio a sí mismo.

—La mujer es un bello defecto de la Naturaleza—volvió a decirle su retrato—; por eso hay que espe-

rar de ella más peligros que ventajitas.

Quedó un momento silencioso, pensando en lo que le había dicho el retrato, y hasta él llegó la risa y la voz de Elsa que le decía a Mauricio:

—¡Pero es que hace usted el amor a todas las mujeres!

—Una galantería no es un asedio..., mi querida amiga—respondió la voz de Mauricio.

—¿Piensa usted catalogarme en el álbum de sus conquistas?

—Para usted un solo álbum..., un solo corazón y un solo amor.

Volvióron los dos a reír y don Inocencio vió que se animaba el retrato de su padre y que le decía:

—Eres un idiota, hijo mío.

—La voz de la mujer es el silbido de la serpiente—le dijo su retrato.

El retrato de su padre volvió a decirle:

—Tú eres el hombre, y son tus decisiones las que deben dejar de tu carácter huella, imponerte y gritar. Duermes con pantalones, porque si te los quitas se los pone ella.

—Eso no—protestó don Inocencio—. Yo soy el cabeza de familia y se me respeta.

—¡Ja, ja!—exclamó el retrato suyo—. Bueno, pasemos porque el hombre sea el cabeza de familia...,

pero la mujer es el sombrero, que está por encima de la cabeza.

—Porque Inocencio es débil—respondió el retrato paterno—. Pobre hijo mío. No te ha servido de nada mi ejemplo... Yo fui todo un carácter. Tu madre, que en paz descanse, hizo siempre mi voluntad.

El retrato de su madre se animó en aquel instante y miró al de su marido irónicamente, como demostrando que era todo lo contrario a lo que él decía. El retrato paterno siguió diciendo:

—Mis caprichos eran ley, mis deseos órdenes... En mi casa hubo siempre paz y disciplina y no mandaba nadie más que yo.

—¡Embustero!—gritó el retrato de su madre.

—¿Vas a negarlo?—preguntó tímidamente el retrato de su padre.

El retrato de su madre, haciendo un gesto como para añadir exclamó:

—Me dan ganas de desprenderme del óleo para demostrar tu autoridad.

—Sí, sí, mujer—respondió humildemente el retrato del padre—. Es que yo trataba de explicar a Inocencio, que yo era lo que era..., porque si yo era lo que era, pues claro, era porque era...

—Un majadero—terminó diciéndole el retrato de su esposa.

El retrato de Inocencio se echó a reír ante aquella discusión, y le dijo:

—¿Lo estás viendo? es hereditario... Por tus venas corre sangre de eorden... Recogiste la autoridad de tu padre... No tienes solución, Inocencio... No tienes más remedio que suicidarte... Con esa facha no se puede enamorar a ninguna mujer... Eres una birria... Tienes que suicidarte.

—Sí—respondió don Inocencio.

—Suicidarte—le dijo otra vez el retrato.

—Sí, sí—se dijo a sí mismo Inocencio.

—Defúncionate—insistió su retrato.

—Sí, lo haré todo—exclamó don Inocencio pasándose la mano por la frente—. No puedo más. No puedo más... Coloquios con el abogadillo, sonrisas con el cineasta... Escarmio y mofa para mis pobres animalitos... Es preciso tener valor... y pasa lo que pase.

En aquel momento, el estado de don Inocencio daba lástima. Respiraba con dificultad, sentía que le flaqueaban las piernas y por su mente cruzó la idea del suicidio. Miró hacia un rincón de la estancia donde estaba la instalación del gas para una estufa y tuvo un gesto de amargura al ver próximo su fin.

Un ladrido de un perro le sacó de su estado de ánimo y vió sobre un sofá a «Chucha» y a «Pichu». Pormo que ellos no debían morir, y después de acariciarlos paternalmente abrió la puerta para echarlos de aquella habitación.

Después cerró la puerta, se acercó al balcón y, cerrándole herméticamente, puso una pequeña alfombra en la parte baja del mismo, para evitar que el aire pudiera entrar por ninguna rendija. Se dirigió luego adonde estaba la instalación del gas y, haciendo un supremo esfuerzo, alargó la mano y abrió la llave del gas.

Empezó a respirar abatido y fatigosamente y se dirigió a la mesa secándose el sudor con el pañuelo... Mientras se dirigía hacia allí fué murmurando todo aquel drama que pesaba sobre él.

—Grotesca escena de un vulgar coleccionista de animales. El drama del hogar..., la separación..., el corazón que sufre..., el cineasta, el picapleitos..., la suegra..., la serpiente..., la oca..., la reoca...

Dió un puñetazo sobre la mesa, se volvió a secar el sudor con el pañuelo, y volvió a decir:

—Elsa no me quiere... No me ha querido ni puede quererme, porque soy una birria...

Y censurándose a sí mismo siguió diciendo:

—Inocencio, eres un idiota. Inocencio, no tienes más remedio que desaparecer del globo terráqueo... No se avisa particularmente. El duelo se da por despedido... R. I. P.... Q. R. S. T. U. V....

Empezaba a delirar. Sin duda, los efectos del gas empezaban a turbar su mente. Sudaba copiosamente. La muerte estaba ya próxima y antes de morir quiso hacer una declaración de su suicidio para que a nadie culpasen de su muerte.

Cogió papel y pluma y se puso a escribir la consabida carta al juez de instrucción.

—Señor ju... ju... ju... ju..., señor juez—pudo al fin decir mientras escribía—. No se culpe a nadie...

Y así siguió dando cuenta en aquella carta de todo cuanto le ocurría, de cuanito le pasaba y por lo que hacía dejación de su vida...

Buscó el pañuelo al cabo de una hora para secarse el sudor, y en su abatimiento no lo encontró, y le sirvió el secante para lo mismo.

Llevaba ya cerca de dos horas así, cuando se oyeron unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? — preguntó don Inocencio.

—Soy yo, don Inocencio—respondió la voz de la cocinera.

Don Inocencio se levantó azorado. Intentó quitar un poco el olor a gas que había en la habitación y se acercó a la puerta preguntándole:

—¿Qué es lo que quieres?

—A ver si me quiere dar treinta y cuatro pesetas, porque no encuentro a doña Restituta y tengo que pagar un recibo.

Don Inocencio abrió por fin la puerta y volvió a preguntarle:

—¿Un recibo, de qué?

—¿Pues de qué va a ser? Del gas, que esta mañana lo han cortado.

—¿Que han corrido el gas?—preguntó don Inocencio.

—¡Andel! — exclamó la cocinera—. Fue otra distracción de la señora que se olvidó de pagarlo a tiempo... Desde que llegó el cineasta que vemos todos de cabeza.

Don Inocencio le entregó el dinero que pedía e, indignado por lo que le había pasado, cogió la cañería del gas y la arrancó de un tirón, dejando el tubo roto, sin preocuparse de que podría infestar toda la casa de gas.

Apenas hizo esto llamó Tortuga, y cuando consiguió entrar, le dijo:

—Una carta, señor amo.

Le entregó la carta y salió otra vez del despacho dejando a don Ino-

cencia solo, que abrió el sobre y leyó el contenido, que decía:

«Es sumamente doloroso para mí tenerle que comunicar la muerte repentina de su hermano don Fulgencio Manso y Remanso, con lo que hemos perdido un gran amigo, un gran caballero y un gran músico...»

—¡Pobre hermano! — exclamó Inocencio.

Mientras leía la carta, en la cocina habían abierto el gas y don Inocencio, ajeno a ello, no se daba cuenta de que todo el despacho estaba infestado de él.

Cuando terminó de leer la carta sacó una pitillera, hizo un cigarrillo y, al irlo a encender, la llama prendió en el gas que flotaba por todo el ambiente y la explosión fué enor-

me. Se vinieron los muebles abajo, el techo quedó hecho una calamidad y el susto a todos los que se hallaban en la casa fué enorme.

Corrieron al despacho para ver de qué se trataba y encontraron a don Inocencio debajo de la mesa en un estado que daba compasión verlo.

Al fin salió de allí y se acordó del recibo. También él tenía la culpa de aquello. ¡Si era una verdadera birria!

Y sin que nadie pudiera comprenderlo, exclamó:

—Me está bien empleado por haber pagado el recibo.

Y de esta forma quedó frustrado aquel suicidio que iba a terminar con la vida del pobre don Inocencio Manso y Remanso.

UNA FIESTA INTERRUPTIDA

LA idea del suicidio se había apoderado de don Inocencio. Cada vez se creía más alejado del amor de su esposa y cada vez estaba más desesperado. Durante todo aquel día de su intento de suicidio no consiguió verla, y al día siguiente don Inocencio ya había tomado una resolución definitiva.

Claro está, que esta resolución no era la de suicidarse, pero sí la de fingirlo y luego hacerse pasar por su hermano muerto. Comprendía que para conquistar el amor de su mujer le era preciso morir primero, y se decidió a ello.

Su suegra había organizado una especie de fiesta para que su hija se luciese con una nueva canción que

había aprendido, y aquella tarde reunió a todas sus amistades.

En el salón de la casa se hallaban todos reunidos, cuando Elsa dió a conocer aquella nueva canción, que luego fué coreada por todos.

Cuando algunas horas después todos estaban reunidos en un fraternal banquete apareció el dueño de la casa, y Tortuga al verlo se puso a temblar al pensar lo que había hecho doña Restituta durante su ausencia.

Al ver el jaleo que había le preguntó al criado:

—¿Se puede saber que pasa en esta casa que parece que todos están medio locos?

—Señor—respondió Tortuga—. Se trata de un banquete que ha organizado doña Restituta para feste-

jar al eximio artista Mauricio Clenfort... Más de treinta cubiertos y diez pollos decapitados.

—Una lágrima por los pollos— respondió don Inocencio—; pero también una sonrisa olímpica por el corte de digestión que voy a proporcionar a los comensales.

Salió corriendo de allí sin que el criado pudiera comprender lo que se proponía hacer y mientras tanto el artista cinematográfico daba las gracias a doña Restituta por aquella fiesta en su honor y le decía:

—Estoy emocionado, doña Tutita. Este homenaje innmerecido es algo que me abruma.

Doña Restituta se levantó a responderle, y le dijo:

—Todo se lo merece usted, Mauricio. Ese candor de sus palabras, esa delicada modestia hacen de usted un hombre encantador... ¡Ay, si yo hubiera encontrado un artista de cine en mi juventud!

—¿Hubieran rodado juntos?— preguntó Mauricio.

—¡Hasta el abismo!— exclamó ella, mirándole con ojos de gata enamorada—. Pero me casé con un hombre que no supo comprenderme...

—Un caso parecido al de Elsa, sólo que usted supo encontrar alguna vez el verdadero amor, ¿verdad?

—Efectivamente — le respondió

la suegra de Inocencio—. A usted se lo puedo confiar todo. Cuando yo tenía quince abriles me enamoré de un joven espiritual..., soñador... Era hermano gemelo de mi yerno.

—¿Igual que él? — preguntó Mauricio asombrado.

—Físicamente, como dos gotas de agua. Se conoce que sus padres, al escribir, pusieron un papel de calcar... Pero Fulgencio, tan parecido a mi yerno era un hombre distinto...

—¿No le gustaban los animales?— preguntó Mauricio.

—No. Se marchó de mi lado... Tenía un alma bohemia. Todo lo que Inocencio es en orden, rutina e idiotez... era en Fulgencio desorden, aventura, alma viajera...

—¿Y no se han vuelto ustedes a ver?

—La última vez en 1920, cuando partió para Buenos Aires.

En aquel instante apareció Tobias, el jardinero, llevando la chaqueta y el sombrero de don Inocencio empapados en agua, y llamó al criado diciéndole:

—¡Tortuga..., qué desgracia, qué tragedia..., qué melodrama!...

—¿Qué ocurre, Tobias?— preguntó Tortuga.

—¡El señor que..., Dios mío, qué tragedia!...

Y sin esperar a más se metió dentro del comedor, se dirigió a Elsa, y le dijo mostrándole las prendas mojadas:

—Señorita Elsa... El señorito Inocencio se ha suicidado... Hemos encontrado su ropa aquí, junto al río.

—¿Cómo?—exclamó Elsa levantándose asustada.

Su madre, sin inmutarse por la noticia se contentó con decir:

—A lo mejor ha querido tomar un baño... Es tan maniático.

—No, señora, no—exclamó Tobias—. Hemos esperado a ver si salía y... nada. Se ha ahogado.

Elsa se llevó las manos a los ojos. A pesar de todas sus cosas ella amaba a su marido. Comprendió lo bueno que era y la noticia de aquella muerte la abrumaba. Doña Restituta, al ver que le chafaba la fiesta que había organizado, exclamó desesperada:

—¡Hasta para morir se tenía que hacerlo dándonos un disgusto, y sobre todo, antes de comer.

—¡Mamá!—se lamentó Elsa, al ir expresarse así a su madre.

—Con lo sencillo que hubiera sido irse a suicidarse al Japón—comentó doña Restituta.

Para el pobre Luquitas la muerte de su amigo fue algo irreparable. Aquella noche se lamentaba triste-

mente diciéndole a todos los familiares que se habían reunido en el despacho del difunto:

—¿Habías tenido algún disgusto con el pobre Inocencio para que cometiese esta locura?

—¡Pero Luquitas de mi alma!—exclamó doña Restituta—. ¿Tú no sabes que tanto mi hija como yo, nos desvivíamos para hacerle la vida agradable? En esta casa no se hacía más que su voluntad.

—Bueno, pues lee tú misma esta carta, porque yo tengo los nervios de punta y me tiemblan hasta las gafas.

Doña Restituta cogió la carta que había dejado escrita don Inocencio y leyó su contenido, que decía:

«Señor juez: Que no se culpe a nadie de mi muerte. Me suicido para dejar tranquila y libre a mi mujer y para tener la satisfacción de no aguantar a mi suegra».

—Hasta al borde de la tumba terna que soy grosero—comentó doña Restituta. Y siguió leyendo: «Me despido de todos mis amigos y todos mis animales y confío mis bichos al cuidado de Tortuga. Firmado, Inocencio».

—¡Pobre amigo!—exclamó Luquitas—. ¡Quién iba a decirme que a estas horas iba a estar vagando por el otro mundo!...

Por donde vagaba Inocencio a aquellas horas ora por los alrededores de la casa, en mangas de camisa, mojado y pasando un frío de todos los demonios. Llegó cerca de la casa donde había tendidas unas sábanas; se apoderó de una de ellas y se envolvió para evitar que el aire de la noche le hiciera sentir aun más el frío que tenía.

Más tarde, Luquitas, sentado muy triste junto a la criada que le servía, le decía:

—Siempre tiene usted todas las luces encendidas. El ahorro es la base de todas las fortunas.

Al decirle aquello le dio un golpecito en la espalda que le hizo dar un salto de miedo, al mismo tiempo que le decía:

—Vamos, mujer, no me des esos sobresaltos que tengo los nervios de punta.

—Pobre don Inocencio—murmuró la criada—con lo que se querían ustedes... Pero no debe tener miedo a los muertos, señorito.

—No, mujer, no—exclamó Luquitas, aparentando una serenidad que no tenía—. Miedo no tengo. Los muertos me dan un poco de pánico, pero nada más... Es que me he llevado un disgusto tan grande. ¡Pobre Inocencio!... ¡Pobre amigo mío!

—Es usted poco animoso—le dijo otra vez la criada—. No piense más en muertos ni en fantasmas.

La criada salió del cuarto y la suerte suya fue que no vió al salir a don Inocencio que, envuelto en la sábana que había cogido, estaba allí, esperando que se marchase para entrar a ver a su amigo y contarle toda la verdad de lo que había sucedido, al mismo tiempo que darle a conocer lo que pensaba hacer para reconquistar a su mujer.

Cuando la criada salió, entró adonde estaba su amigo y le tocó en la espalda. Luquitas, creyendo que se trataba aún de la criada, le dijo:

—No me des más golpecitos, María.

—Luquitas, lo llamo yo, don Inocencio.

Al oír aquella voz se volvió el buen hombre, vió a don Inocencio y echó a correr por la habitación presa de un pánico horrible y dando gritos, diciéndole:

—No te acerques, que eres una sombra que patinas por el éter.

—No seas idiota, hombre—trató de tranquilizarlo Inocencio—. Yo he fingido este suicidio para vigilar a mi mujer.

A sus gritos acudió la criada, diciéndole tranquilamente:

—¡Pero, hombre de Dios! Con esos gritos cualquiera diría que se le

ha presentado a usted un muerto de verdad... No tenga usted tanto miedo, hombre... Fíjese usted en mí, en la tranquila que yo estoy.

Pero entonces vió a don Inocencio envuelto en la sábana, y para que contar el susto de la pobre muchacha, que no cesaba de gritar pidiendo auxilio.

Don Inocencio intentó callarlos, diciéndoles:

—Cállate, idiota... El difunto es un vivo.

Y algo más calmado pudo al fin don Inocencio darle cuenta del plan que se había tratado y conseguir que él lo aprobase.

EN AMOR TODOS LOS ARDIDES SON BUENOS

A Si lo creía también Inocencio, y su plan era el hacerse pasar por su hermano. Comprendía que el único medio de poder ser otro, de hacerse respetar y hacer que su mujer fuera únicamente suya, abandonando los consejos de su madre, era el de hacerse pasar por su hermano. Y puesto en ello, se encerró en casa de Luquitas o hizo insertar en los diarios un suelto que decía:

Retorno de un español ilustre

«El eminente músico Fulgencio Manso y Remanso, anuncia un viaje por España. Mucho celebraremos tener pronto entre nosotros a tan ilustre compatriota».

Y días después apareció otro suelto en los diarios, que decía:

«Don Fulgencio Manso y Remanso llegará mañana».

Y al pie de esta información un retrato de Inocencio, pero no del Inocencio que todos conocían, sino del hermano Fulgencio. Para ello Inocencio se había hecho quitar el bigote, había adquirido nuevos trajes y había decidido ser otro hombre de carácter completamente opuesto al que hasta entonces había sido.

Se hallaba redactando otro suelto para los periódicos, cuando entró su amigo Luquitas y le saludó diciéndole:

—Buenos días, Inocencio.

—Hola, Luquitas — respondió Inocencio dejando de escribir—. ¿Verdad que para ser un difunto

tengo muy buena cara?... ¿Has estado en casa?

—Sí — respondió Luquitas—. Mamá Restituta ha estrenado hoy otro traje de luto riguroso de color verde.

—Es el ropaje de los loros, no me extraña—respondió Inocencio.

—Pretendía dar un baile íntimo, pero Elsa, tu mujer, se ha opuesto.

—A lo mejor—dijo riendo Inocencio — después de muerto es cuando me quiere.

—Te advierto—le dijo su amigo—que el plan que te has trazado es comprometidísimo. ¿Te acostumbrarás a comer pollo que te darás la idea que te estás comiendo a un semejante? Vas a ver pasar una gallina sin hecharle un propo?

—No temas, Luquitas—le dijo su amigo Inocencio—que para conquistar a mi mujer estoy dispuesto a ser otro hombre. Fíjate en este libro de mundología que estoy estudiando, y este otro: trescientos mil chistes, cien colmos y un colmillo.

Luquitas meneó la cabeza dudando del éxito de aquel plan, y exclamó:

—En buen llo nos hemos metido... Porque ya sabes que Restituta estuvo enamorada de tu hermano Fulgencio (Q. E. P. D.). Me consta que ella te ama todavía.

—¿Tendré que hacerle el amor a mi suegra?—exclamó, encogéndose de hombros—. Bueno, yo, después de todo, de una manera o de otra, pensaba castigarla...

Luquitas se puso a leer el suelto que pensaba enviar a los diarios, y en voz alta leyó su contenido, que decía:

«Hoy ha llegado el pianista don Fulgencio Manso, ausente muchos años de España. Viene a visitar la familia de su difunto hermano y se asegura que para guardar el luto no piensa dar ningún concierto en el país.

—Sí — terminó diciendo Inocencio—, porque figúrate si me hacen tocar el piano, y me ven ejecutar a Wagner con un dedo...

Y aquella noticia recorrió al día siguiente por todas partes, y como es natural donde primero se supo fué en el pueblecito donde tenía su finca Inocencio.

Todo el pueblo, con el alcalde a la cabeza del ayuntamiento, y la música del municipio estaban preparados para esperarle. Doña Restituta sentía más fuerte la pasión que en otros tiempos; la hizo concebir el carácter bromista de Fulgencio.

La estación nunca se había visto tan animada como aquel día de la llegada de Fulgencio Manso. Allí estaban también, con los familiares, el

actor cinematográfico y Juanito, a quienes en verdad no les había hecho ninguna gracia la llegada del cuñadito. Pero como no había más remedio que guardar las formas, fueron a recibirle en unión de doña Restituta y de Elsa.

A la llegada del tren y al asomar por la ventanilla Fulgencio (que así llamaremos desde ahora al auténtico Inocencio) todos comenzaron a gritar:

—¡Viva Fulgencio Manso y Remanso!... ¡Viva!...

Descendió Fulgencio del tren y el alcalde comenzó su discurso diciéndole:

—Ha llegado el hijo perdido. Ha llegado el hijo pródigo...; el hijo predilecto. Ha llegado el hijo de la señora Antonia.

—¡Bravo!... Muy bien—exclamaron todos.

El alcalde, animado por aquellas aclamaciones, siguió diciendo:

—Como alcalde de este ilustre pueblo, me honro en saludar al gran músico... El músico insigne, el músico eminente que un día nos abandonó y se fué con la música a otra parte.

—¡Bravo!... Muy bien...

—Y ahora, nuestro crítico de arte que honró a este pueblo trayendo el único taxi que existe; un hombre de gramática, de prosodia y sintaxis

y con taxis va a dirigiros la palabra.

El crítico tosió varias veces antes de comenzar su discurso, y al fin dijo:

—Autoridades, señoras y señoritos, viajeros y ferroviarios todos. La puesta en marcha que acaba de proporcionarme el alcalde, me obliga a meter la directa y, salvando las curvas de mi inteligencia, dar al viajero ilustre la «bienvenida...»

—¡Bravo!... ¡Bravo!...—fueron las voces que se oyeron.

Fulgencio descendió del coche y lo primero que hizo fué irse adonde estaba doña Restituta y preguntarle a Luquitas:

—Supongo que esta honorable dama apergaminada, es aquella adorable Tutita, que jugaba a la comba hace unos sesenta años?

—Veinticinco, Fulgencio—le corrigió doña Restituta— No sabes con qué ansiedad esperábamos tu arribo... Tú no conoces a mi hija..., a la esposa de tu difunto hermano...

Restituta, que desde su llegada no le había perdido de vista y había espiado hasta sus más mínimos detalles, sonrió maliciosamente, y se acercó a él diciéndole:

—Fulgencio.

Este le miró de arriba abajo, y después se volvió a Luquitas diciéndole:

—No es tan guapo como mi hermano me la había pintado, pero puede pasar... Bueno, es que Inocencio era exageradísimo para todo...

Dofia Restituta se creyó en el deber de presentar a Juanito y al cineasta, y lo hizo diciéndole a Fulgencio:

—Aquí, dos buenos amigos: Mauricio Cienfort, a quien seguramente conocerás de Norteamérica.

—Cienfort..., Cienfort... Sí, me parece recordar —exclamó Fulgencio— Usted vendía «chicle» por los pueblos de California, ¿verdad?

Mauricio se sintió ofendido ante aquella suposición, y exclamó:

—Yo he viajado siempre como turista. Mi retrato lo tienen todos los príncipes del universo.

Juanito sonreía por el fracaso de su rival, cuando le llegó el turno a él, y doña Restituta lo presentó diciéndole:

—Aquí, nuestro amigo de la infancia, Juanito Pino y Nogal.

—¿Pino y Nogal?—preguntó Fulgencio— ¿El presidente del ramo de la madera del pueblo?

Elsa se echó a reír al oír aquellos comentarios de su cuñado, y su madre no pudo menos que exclamar, complacida:

—¡Qué hombre!... ¡Qué hombre! ¡Qué gracia la suya!

Y seguidos por la banda del pueblo todos se encaminaron hacia la finca donde vivía Elsa con su madre. En el trayecto, Fulgencio procuró no apartarse un instante del lado de Elsa y los dos abejorros tuvieron que contentarse con servirlo de acompañantes.

A la hora de cenar, doña Restituta consiguió sentarse cerca de Fulgencio, y éste consiguió también hacer de forma que su mujer estuviese al lado suyo. Su suegra, que no hacía más que monedas para que Fulgencio se fijara en ella, le decía zalamera:

—Por ti no han pasado los años, Fulgencio; te encuentro «tres bien». Y tú, ¿cómo me encuentras?

—A ti te encuentro «seis bien».

Elsa sonreía a todas aquellas ocurrencias de su cuñado, y en sus ojos se advertía ciertas rátagas de burla que pasaban desapercibidas para todos.

—Pues yo he venido a esta casa con el propósito de consolar a la familia—dijo Fulgencio—; pero si he de ser franco no creí encontrar a estas señoras tan desconsoladas y tan tristes.

Elsa comprendió la ironía con que eran dichas aquellas palabras, y sin poderse contener, exclamó:

EL DIFUNTO ES UN VIVO



—El lema de mi vida es
la puntualidad.

—Es usted fotogénica
hasta desayunando.



—¡Les tores a la jaula!



Cuando entraron en el
comedor venían de jugar
al tenis.



—No te acerques, que
eres una bomba.



El susto de todos fue
enorme.



La estación nunca se había visto tan animada.



Encontraron a don Inocencio en un estado que daba compasión.



—Mi hermano y yo nos llevamos muy bien.



—Tendré que hacerle el amor a mi suegra.



—Hasta mañana, «co-
ñado».



—El difunto es un vivo.



Tuvo que soportar la presencia de doña Restituta.

—¿Que tengo que dar un concierto?



—Es lo más grande que
he visto en mi vida.



—Usted se casará con un
artista de cine.

EL DIFUNTO ES UN VIVO

—Si es una ironía puedes rectificarla... Yo he sentido mucho la muerte de Inocencio.

Pero a pesar de aquella réplica, Fulgencio volvió a decir en tono sentencioso:

—¡Bañ... Las mujeres piensan una cosa, dicen lo que no piensan y hacen lo que no dicen.

Fulgencio estaba decidido a que su esposa no flirteara más con aquellos abejorros que de manera tan clínica se habían entrometido en su casa y además pretendía apartar a su mujer de su lado. Cuanto más la miraba más se convencía de lo enamorado que estaba de ella y de lo que tendría que luchar para sobreponerse a sus deseos de emprenderla a puñetazos con aquellos dos clínicos y echarlos a patadas de su casa. Pero no era este el plan de Fulgencio. El quería reconquistar el amor de su esposa, saberse amado por sí mismo y no por la fuerza que le diera su carácter de esposo, y en esto estribaba precisamente su plan.

En varias ocasiones, tanto el artista como el otro invitado intentaron acercarse a Elsa para entablar conversación con ella; pero la viudita parecía muy animada con la charla del cuñado, y sus dos pretendientes se miraban furtivamen-

te, como si quisieran explicarse mutuamente la causa de aquel fracaso.

Se veían indudablemente propuestos por Fulgencio, y no hacían más que mirarlo para ver si podían advertir en él algo tan excepcional que hubiera hecho cambiar de aquella forma los sentimientos de Elsa.

Indudablemente, nada había que lo justificase. Su porte, claro que mucho más distinguido que el del difunto marido, no era tan extraordinario que no pudiera competir el artista con él, y lo único que sobresalía era su forma de ser. Parecía un hombre dispuesto a tomarle el pelo a todos cuantos estaban a su lado y hasta empezaron a tenerle cierto miedo a las bromas que les gastaba y que tanto hacían reír a las dos mujeres. Lo que más les preocupaba era el interés de la suegra. Si ella se declaraba en favor suyo, tenían la partida perdida y hasta la hospitalidad que tan gentilmente les había brindado, muy a pesar del difunto esposo.

Fulgencio, sin embargo, observaba todo aquello y se iba dando cuenta del rato que estaban pasando los dos petimetres y cómo iba ganando terreno en el afecto de la que ahora consideraba su cuñada. No se explicaba cómo Elsa podía en aquellos momentos mostrarse

tan afectuosa con él cuando días atrás, cuando se consideraba su esposa, cuando él no hacía otra cosa que lo que ella deseaba para no verla disgustada, jamás oyó una palabra cariñosa de sus labios.

—¿Estarás mucho tiempo aquí? —le preguntó Elsa.

—Claro que sí —intervino la suegra.

—No sé —respondió Fulgencio—. Depende de que me dejen tranquilo. Yo no he firmado ningún concierto en España, ni pienso hacerlo. He decidido no tocar más.

—Pues entonces, mejor que mejor —exclamó alegremente su suegra—. De esa forma recordaremos días pasados... Aquellos tiempos que aun pueden volver.

Fulgencio la miró entre asustado y burlón, y le respondió intencionadamente:

—No lo creo... Los días que pasan ya no pueden volver... Tampoco vuelven los muertos, y esos días son como si fueran unos cadáveres.

—Aquí te será la vida agradable —le dijo Elsa.

—Pero si él se debe a su profesión, no deben ustedes impedir al artista que se dedique a su arte —intervino el artista de cine.

—Y usted... ¿no se dedica a

nada? —le preguntó Fulgencio—. Según creo, hace ya días que no trabaja... más que en la imaginación... Es lo único que puede rendirle algo, ¿verdad?

El artista, ante aquella contestación, dejó a su amigo el abogado que interviniera y éste le preguntó:

—Y cuando se marche de España, ¿volverá a sus conciertos?

—Cuando me marche (que no sé cuándo y que depende de muchas cosas) creo que tampoco. Aquí se debe vivir muy bien y muy barato, ¿no es cierto?

El abogado comprendió la indirecta, y se fué en busca de su amigo, diciéndole:

—Este hombre no sabe lo que es educación.

—Indudablemente. Estos gamos son así, se creen que todo el mundo tiene que aguantarles sus impertinencias, pero lo que es yo no lo aguanto una más.

—¿Se piensa usted marchar? —le preguntó el artista.

—No, pero pienso decirle cuatro frescas, para hacerle callar. Usted no se ha fijado que habla como si fuera el amo de la casa... Ni su hermano se hubiera atrevido a portarse de tal forma.

—¿Su hermano? —comentó el

otro con cierta ironía—. El otra era un desgraciado. Después de todo, ha sido un lástima que se haya muerto, porque si estuviera vivo no habría venido este idiota.

Mauricio, que por todos los medios quería captarse la simpatía del cuñado, convencido que esa la única forma de poder seguir allí disfrutando de todo el bienestar que le ofrecía la vida en casa del difunto Inocencia, le dijo:

—Es usted delicioso... Para mí sería una satisfacción honrarme con su amistad.

—Le daré clase de seis a siete—le respondió Fulgencio.

Elsa estuvo a punto de atragantarse ante la respuesta de su cuñado, mientras que Mauricio se daba por ofendido y doña Restituta procuraba quitar importancia al asunto, diciéndole:

—Mauricio Cienfuegos es nuestro huésped de honor;

—Se está bien en esta casa—respondió Mauricio agradeciendo el honor a doña Restituta.

—Mejor que en una pensión, desde luego—exclamó Fulgencio.

—Mucho mejor—comentó Mauricio.

—Y muchísimo más barato—terminó diciéndole Fulgencio.

Doña Restituta se echó a reír y Elsa se cubrió la cara con la servilleta para que no se dieran cuenta de la gracia que le hacían todas aquellas ocurrencias de su cuñado.

Fulgencio siguió diciendo tranquilamente:

—Claro que ahora, después de la desgracia y quedando en la casa dos mujeres solas... el amigo Sulpicio...

—Mauricio—rectificó éste.

—Perdón, eso quise decir—rectificó Fulgencio—. El amigo Patricio tendrá ya las maletas preparadas para seguir su ruta por el mundo dedicando fotos a los príncipes... y vendiendo postales por las ferias.

—Le advierto a usted—exclamó Mauricio ofendido—que a mis años no hay quien me tome el pelo.

—¡Qué barbaridad!—le respondió Fulgencio sin inmutarse—. Cualquiera diría que tiene usted noventa y cinco años. Usted tiene solamente treinta.

—Exacto. ¿Cómo lo adivinó?—preguntó halagado Mauricio, al ver que le quitaban unos cuantos años.

—Porque en el tren viajaba un muchacho que tenía quince y era medio tonto.

Todos se echaron a reír escandalosamente y Luquitas, para evitar que la conversación siguiera por

aquel derrotero intentó cambiarla, diciéndole a Fulgencio:

—¿Te quedarías impresionadísimo cuando te enteraste del suicidio?

—No lo creas... Mi hermano y yo no nos llevábamos muy bien... Apenas nos tratábamos... Eramos dos caracteres tan opuestos. ¿Verdad, Restituta?

—No me lo recuerdes—exclamó ella, sintiendo que se le helaba la sangre y las uñas se le afilaban—. Esta casa parecía el Arca de Noé. Gracias a que yo me dedico ahora a exterminar todos sus animales.

Fulgencio no pudo impedir un gesto de asombro, y a poco si no se atraganta. Elsa se dio cuenta de ello, pero fue la única persona. Doña Restituta siguió diciéndole:

—La pareja de patos ya está liquidada... Ayer metí el pato en la cazuela... y hoy veremos dónde me lo la pata...

Fulgencio se decidió a beber otra copa, antes de matar a su suegra, sin darse cuenta que ya había ingerido demasiado licor durante la comida.

Tortuga, que estaba al lado de Fulgencio, le preguntó:

—¿Qué tal ha encontrado el faisán el señor?

—¿Cómo?—preguntó asombrado Fulgencio.

—Era el faisán de la colección —le explicó doña Restituta—. Si nos llegara a ver desde el otro mundo... se llevaría un disgusto de muerte...

Y Juanito se creyó en el caso de intervenir, y le preguntó:

—Entonces, ustedes, tan parecidos físicamente, ¿cómo eran tan antagónicos en lo moral?

—Mi hermano tenía un carácter completamente distinto al mío. Él, ordenado, metódico, yo, jovial y nervioso, hasta el punto de que muchas veces, como habrán ustedes observado, doy brincos... Claro que él se crió con nodriza y yo con leche condensada y se ve que me he quedado tan acostumbrado a los botes...

En aquel momento entró una doncella y, acercándose a doña Restituta, le dijo algo al oído, que la obligó a levantarse y salir fuera. En la sala contigua estaba el crítico musical y otras personalidades del pueblo, entre las que no faltaba el profesor de música de Elsa y doña Restituta al verlos les dijo:

—Ahora traeremos al gran maestro y a pesar de que dice que no quiere tocar... entre todos le venceremos.

El alcalde le presentó a un nuevo personaje, diciéndole:

—Le presento al crítico musical de nuestro gran semanario, que piensa dedicarle una página entera.

—Muchas gracias — exclamó doña Restituta—. Voy a buscar al virtuoso. En seguida estoy con ustedes.

Entró doña Restituta al comedor y encontró a Fulgencio que bebía dos nuevas copas de champaña. Le quitó las copas de las manos, y le dijo:

—Ven conmigo, Fulgencio, que voy a darte una grata sorpresa.

Al levantarse Fulgencio se levantaron los demás y los siguieron hasta la sala de música donde doña Restituta le enseñó el piano, diciéndole:

—¿No te dice nada esto?

—¿El qué?—preguntó Fulgencio.

—El piano.

—¿El piano?—exclamó Fulgencio, sin pensar que es lo que quería decirle doña Restituta—. ¿Habéis comprado un piano?... Hombre, me parece muy bien.

Elsa se acercó a él y, mirándole amorosamente, le dijo:

—Todos esperamos impacientes que nos dediques tu primer concierto en España.

El bueno de Luquitas dió un salto como si le hubiera picado una avispa y Fulgencio preguntó impaciente:

—¿Cómo que tengo que dar un concierto?

—¿No crees que vayas a desairar a mi hija?—insistió doña Restituta.

—Pero si es que yo...—exclamó Fulgencio, sin saber cómo excusarse.

Elsa intervino nuevamente, y le dijo:

—Tocarás el piano. Soy yo quien te lo ruega y es la primera atención que merezco. ¿Verdad?

Fulgencio, decidido a todo, exclamó:

—¡Ah, muy bien!... Tú quieres que yo toque el piano, ¿verdad?... Pues... no puede ser.

Luquitas, que vió el compromiso en que se encontraba su amigo, salió en su ayuda diciéndoles:

—Acordaros que por respeto a la memoria de su hermano prometió no tocar.

Elsa insistió nuevamente:

—Olvida tu compromiso para complacerme a mí. No rompas la ilusión con que esperaba tu llegada.

Tras una breve duda se volvió hacia Elsa, y le dijo:

—Lo hago por ti, Elsa... Ahora, que tengan en cuenta, señores, que yo tocó un repertorio exclusivamente mío... Y que sólo tocaré las teclas negras, porque estoy de luto.

Luquitas le miraba con la boca abierta. No sabía cómo iba a salir su amigo de aquel compromiso y

Fulgencio se sentó decidido al piano.

Parecía un loco tocando. Sin ton ni son golpeaba las teclas, se mesaba los cabellos, daba hasta con el codo en el teclado, y mientras hacía todas estas barbaridades, los entendidos en música movían la cabeza en sentido aporritatorio como si todo aquello fuera producto del genio de quien creían un gran músico.

Al fin exclamó:

—Esto está muy mal... Está desafinado... Siento no poder seguir.

El profesor de música se acercó a él, tocó una tecla y le respondió:

—Está correctamente... Yo mismo lo afiné ayer. Ve usted... El medio tono es perfecto.

—Sí... sí... medio tono—exclamó Fulgencio—; pero es que allá en América eso del medio tono ya no se usa. Allí todo es grande.

—¿Y qué piensa usted tocar?—le preguntó el pianista.

—¡Ah, pues... ya veremos!... Lo que salga...

—Le gusta a usted la quinta sinfonía de Bethoven?

—¡Oh, sí! —respondió Fulgencio—. Esa es una quinta que nunca se desmovilizará.

Nuevamente comenzó a tocar de aquella forma tan desaforada, sin que ni él ni nadie pudiera decir qué era lo que tocaba. Su única preocupación era el hacer mucho ruido. Y

el punto de que estaba haciendo que en verdad que lo conseguía, hasta el piano fuera de un lado a otro de los trasteos que le daba.

—Qué maravilla—exclamaba doña Restituta.

—Es un genio—decía el pianista.

—Es el talento más bestial que ha salido de este pueblo—exclamaba el alcalde.

—Es la música sabia... ¡Qué armonía!... ¡Qué velocidad!—comentaba el crítico musical.

Por fin terminó aquel originalísimo concierto y todos exclamaron a una voz.

—Formidable... Estupendo... Maravilloso.

Y Fulgencio no hacía más que recibir felicitaciones de todos; menos de Elsa, que ni siquiera se acercó a darle las gracias.

Le extrañó a Fulgencio aquella actitud de Elsa. Creía que cuando todos le felicitaban ella sería una de las que con más vehemencia proclamaría su genio. Y al ver que no era así, comprendió también que era la única que tenía sentido común entre todos los que allí estaban.

Mauricio y Juanito fueron los que más se deshicieron en elogios colocándole como en un pedestal del arte musical.

Fulgencio consiguió pronto rehuir de todas aquellas felicitaciones y volver al lado de Elsa, preguntándole:

—Estás un poco contrariada... ¿Qué te ocurre?

—Nada — respondió secamente ella.

—Pues cualquiera diría que no te ha gustado el que venga aquí — le dijo Fulgencio.

Elsa le miró fijamente; por sus ojos pasó como un relámpago de rabia, pero pronto cambió de expresión y le dijo:

—No digas tonterías. Ya ves que desde que estás aquí no hay más que elogios para ti. Mi madre está encantada de tu regreso.

—¿Tu madre! — suspiró él con tristeza — Esa ha sido mi pesadilla de siempre.

—¿Cómo de siempre? — preguntó Elsa.

—He querido decir que siempre que nos hemos visto ha estado así conmigo.

—Señal de que debo quererte mucho.

—No lo creas. Me odia.

—¿Que te odia?... ¿Tal vez porque te fuiste a América?... Verdaderamente, no había derecho a dejar a una mujer tan enamorada y no acordarse nunca más de ella.

—¿Ah, es verdad! — exclamó Ful-

gencio — No debía hacerlo, pero lo hice.

Elsa contuvo la risa. Se daba cuenta de que su cuñado parecía no saber lo que decía, y Fulgencio continuó diciéndole:

—¿Y si en vez de estar aquí hablando de cosas pasadas habláramos del presente, del futuro?... —

—No te comprendo.

—Quiero decir que hablásemos de nosotros dos.

—¿De nosotros dos?... ¿Y qué quieres que hablemos?

—Pues de algo en que pasar el rato — respondió Fulgencio comprendiendo que estaba a punto de descubrirse — Podíamos dar un paseo, ir a algún baile, en fin, hacer algo que nos divirtiera. Yo soy un hombre que necesita mucho jaleo. No sé estar quieto un momento.

Elsa sonrió, comprendía ella que no eran ciertas aquellas palabras; pero, no obstante, guardó silencio y no quiso exteriorizar su pensamiento.

Sobre una mesita había unas botellas de licores y Elsa llenó dos vasos y le ofreció uno a Fulgencio, diciéndole:

—Pues empecemos a divertirnos.

—Es verdad, no hay nada como el alcohol para olvidar las penas.

—¿Crees que lo hago por olvidar a mi marido?

—De ninguna forma—respondió Fulgencio—. Ya sé que estabais muy enamorados el uno del otro.

Elsa, que estaba a punto de beber el contenido del vaso que había llenado, lo volvió a dejar sobre la mesa, diciéndole:

—Pues aunque creas lo contrario, es así... Yo amaba mucho a mi marido. Y él...

Calló, sin querer terminar la frase, y Fulgencio la invitó, diciéndole:

—¿Y él no te amaba?

—Al contrario. El me quería. Me quería mucho, pero a su manera... Era un hombre muy aburrido... Muy diferente a ti.

Fulgencio bebió de un sorbo todo el contenido del vaso y se lo ofreció otra vez a Elsa para que se lo volviera a llenar.

Ella, sin darle importancia, lo llenó nuevamente, y Fulgencio, después de vaciarlo por segunda vez, le dijo:

—Sigue hablándome de mi hermano.

Elsa lo miró fijamente, sonrió entre irónica y burlona, y le preguntó:

—¿Tanto te interesa que te hable de él?

Otra vez Fulgencio se dio cuen-

ta de que estaba resbalándose y cambió la conversación, diciéndole:

—¡Bah, me da igual!

En aquel momento llegaron Juanito y Mauricio, y propusieron una partida de tenis. Elsa rehusó el ofrecimiento, diciéndoles:

—Estoy muy cansada... No tengo ganas.

—Entonces ¿qué hacemos?—preguntó Juanito.

—Ustedes harán lo que les dé la gana, pero nosotros queremos estar solos—le dijo Fulgencio—. Como que estarán de acuerdo con nosotros, ¿verdad?

Mauricio le echó una mirada que si hubieran sido puñales lo dejara muerto en el acto, pero Fulgencio, tranquilamente, siguió bebiendo.

Llegó la hora de descansar y cuando ya todos se habían ido a sus respectivas habitaciones, quedaron Elsa y Fulgencio. Este bebía más de la cuenta y no hacía más que contarle chistes a su mujer, que terminó diciéndole:

—Si mi marido hubiese tenido tu carácter, hubiésemos sido muy felices.

—¿De modo que con este carácter mío se puede hacer la felicidad de una mujer?—preguntó Fulgencio, que había estado bebiendo más de la cuenta todo el día.

—¿La última copita?—le dijo Elsa, queriendo irse también a descansar.

—La última no—protestó Fulgencio.— La primera de la tercera serie.

Le cogió la mano, y Elsa algo acorada, consiguió desahucarse de su mano y se levantó diciéndole:

—Es ya tarde, Fulgencio... Mamá se ha acostado y todos duermen en la casa.

Siguieron el pasillo y Fulgencio al llegar a la puerta de su habitación, sin acordarse de su nueva personalidad, intentó meterse dentro del cuarto y Elsa le sacó diciéndole cariñosamente:

—Fulgencio.

—Elsa—le dijo él—yo he venido del otro mundo para rendirme ante tu hermosura y, no te engañes, estoy rendido.

—Claro que necesitas descansar —le dijo ella bromeando. Y luego recalcando mucho la frase se despidió diciéndole—. Hasta mañana, «cuñado».

—Ah, es verdad—exclamó Fulgencio, dándose cuenta de que sólo era el cuñado—. Hasta mañana.

Le besó la mano repetidas veces y, señalándole una puerta, le dijo bajito:

—Esta es la habitación de mamá. No hagamos ruido que pueda despertarse.

Se encerró en su habitación y Fulgencio echó a andar pasillo adelante, diciéndose alegremente:

—Bendita sea mi mujer... Viva mi viuda... Viva su madre... Pero no, eso no vale... Me he colado.

Y es que sin darse cuenta se iba a colar en la habitación de su suegra.

EMPIEZA LA DESBANDADA DE ABEJORROS

Al día siguiente Fulgencio tuvo que soportar la presencia de doña Restituta mientras almorzaba y que le decía:

—Que diferente eres de tu hermano... Perdoname Fulgencio, que tratándose de «ton frere» tenga que hablarte con algo de crudeza... Pero era un hombre absurdo, idiota, insoportable.

Fulgencio se levantó malhumorado y se fue a sentar en un sofá, mientras respondía:

—Sí, ya me ha contado Luquitas algunas rarezas tuyas.

Su mirada no se apartaba de la ventana que daba al jardín y doña Restituta se fue a sentar al lado suyo, preguntándole Fulgencio:

—Y Elsa; ¿ha sentido mucho la muerte de Fulgencio?

—Demasiado... Y eso que yo la inclinaba siempre a que no le hiciera caso.

—Muy bien—exclamó Fulgencio, a quien se le iban las manos con ganas de estrangularla—. Hay que unir los matrimonios.

Doña Restituta reía de la media que se daba para separarlos y le decía:

—Yo procuraba que tuvieran un par de disgustos cada día... Y mis consejos eran que se separase de él... ¡Qué tormento cuando en el nido conyugal la mujer se siente ausente!... El caso de mi hija es mi propio caso... ¿Te acuerdas Fulgencio de la vereda de los rosales?

Cada vez se acercaba más a él y cada vez se ponía más melosa aquella vieja. Fulgencio por más que hacía por retirarse no lo conseguía y ella seguía diciéndole:

—¿Te acuerdas? El campo olía a azahares, la tierra exalaba perfumes de nardos... Tú un mozalbete, yo una mozalbete.

Fulgencio no pudo contenerse y exclamó:

—Que idiota es uno cuando tiene pocos años.

Hasta él llegaron las risas de Elsa y de un salto salió al jardín donde su mujer hablaba con Mauricio, a quien le decía:

—Usted se casará con una artista de cine... Luego se divorciará para casarse con otra estrella más atractiva y así es usted capaz de recorrer todo el firmamento.

—¿Se burla usted de mí, Elsa? —le preguntó afectándose ofendido—. Yo no puedo más... Eres la primera pasión romántica de mi vida.

Y cuando más decidido estaba el cineasta en declararle su amor apareció Juanito, que los vio solos y comprendió que su rival estaba aprovechándose de su ausencia.

—Perdonen ustedes... ¿Estorbó? —dijo presentándose.

Mauricio lo asesinó con la mirada y le respondió.

—Parece usted la sombra de Elsa.

—No creo que tenga que darla a usted cuenta de mis actos—le respondió Juanito.

Y fueron agriéndose las palabras hasta el punto de que sonó la palabra desafío y Elsa intervino diciéndoles:

—Por Dios, señoras... ¿Qué pensaría la gente si les oyera?... Un duelo por mí, estando aún tan recientes las tocas de mi viudez.

—Para el que fue su marido no debe usted guardar ningún recuerdo —exclamó Mauricio—Fue un idiota. clamó Juanito.

Fulgencio, que llegó en aquel instante, intervino en la conversación, diciéndoles:

—Muchas gracias en nombre del ingenuo difunto... Ahí arriba tienen ustedes un balcón... Tirense por el uno detrás del otro si no quieren que les empuje yo.

—Fulgencio—exclamó Elsa, intentando que su cuñado no se metiera en aquel asunto.

—Don Fulgen...—exclamó Mauricio.

—Don Poker—exclamó Fulgencio sin dejarle acabar— Que yo no aguanto más. Hay que guardar seis meses de luto por lo menos para poderle decir a esta desconsolada viuda, todas las tonterías del se-

rrín que llevan ustedes en la cabeza.

—Y tú, ¿con qué derecho nos hablas así?—le preguntó Elsa.

—Porque soy el representante exclusivo en la tierra de mi hermano que en paz descansa—respondió.

—El recuerdo de mi esposo yo sé como debo guardarlo—le dijo nuevamente ella.

—Sí... coqueteando con todo el mundo.

Mauricio salió en defensa de Elsa y exclamó:

—Le prohíbo a usted que falte a esta dignísima dama.

—Usted—le respondió Fulgencio mirándole despectivamente—vaya a hacerse la permanente y a aflojarse el corsé que se está congestionando.

Juanito quiso poner en ridículo a su rival y exclamó:

—A mí tendría que decirme eso.

Elsa le miraba admirada. Aquel carácter era para ella desconocido y se sentía orgullosa de él, que continuó diciéndole a Juanito:

—¿A usted? ¿Ustedes han oído hablar del sinsombrerismo? Pues desde hoy se han terminado las gorras en esta casa... Cada uno a comer por su cuenta.

—¿Cómo?—preguntó Mauricio.

—Aquí no come usted más—le respondió Fulgencio—. Porque nosotros cuando queremos ver a los as-

tros del cine, nos vamos a preferencia... Con que... cineasta, recoja usted sus veintisiete trajes y a la calle... a... la... calle.

Mauricio, ofendido, se encaró con él y le dijo en tono de verdadera pedertería:

—Caballero, estas ofensas hay que lavarlas.

—Pues se las va usted a lavar al río, porque en esta casa ya no le dejarán entrar a usted ni en el cuarto de baño.

—Nos veremos las caras — le amenazó Mauricio.

—La suya tiene muy poco que ver—le dijo amenazador Fulgencio—. No caben en ella dos bofetadas.

Intentó replicar, pero al ver la actitud de Fulgencio, comprendió que aquel hombre le daba las bofetadas que le había prometido, y optó por marcharse a toda velocidad antes de que pudiera ser alcanzado.

Juanito se echó a reír al ver a su rival cómo huía, y entonces se volvió amenazador hacia ésta, Fulgencio, interviendo Elsa, que le suplicó:

—Fulgencio, por Dios.

Pero Fulgencio, sin hacerle caso, le dijo:

—Y usted puede dar por suyas las palabras que acabo de pronun-

ciar... Señor del Pino, que le vamos a trasplantar.

—Le advierto — exclamó Juanito que yo no admito groserías.

—Pues ya sabe que la viudita desconsolada necesita estar sola para mitigar su dolor.

—Yo defiende a esta dama — exclamó Juanito jactanciosamente.

—¿Y a usted quién le defiende? — le preguntó Fulgencio. — A la calle, hombre, a la calle.

—Lo mandaré a usted mis padrinos — le dijo Juanito mientras se alejaba.

—Pues le va a hacer a usted falta, porque le voy a romper el bautismo.

—Esto no quedará así.

—Siga usted la flecha — le dijo autoritario Fulgencio indicándole con el brazo la salida.

Y cuando al fin quedaron solos Fulgencio sonrió satisfecho de su éxito, mientras que Elsa, frotándose las manos nerviosamente, le dijo:

—Nada te da derecho a ultrajar mi dignidad.

—Estos idiotas te estaban haciendo el amor — le dijo Fulgencio.

—Yo no puedo mandar en los sentimientos de los demás — respondió Elsa —; pero puedo responder de los míos... No sé por qué has venido a esta casa...

Fulgencio se la quedó mirando de

un modo tan enérgico, que ella bajo los ojos confundida, y al fin le dijo:

—He venido para que en esta casa haya un hombre, y para recordarte de vez en cuando la irreparable pérdida...

—Yo he sentido mucho la muerte de mi marido — respondió Elsa como si quisiera convencerlo de ello.

—Sí — siguió diciéndole él —. Pero reconocerás que unas cuantas lagrimitas al día tampoco es pedir demasiado.

—Fulgencio — le dijo ella entadada.

—¡Caray, digo yo! — exclamó enérgicamente él —. Porque estoy viendo sus funerales con música de fox y derramamiento de champaña.

—¿Has venido a esta casa a mortificarme? — le preguntó Elsa —. Con la emoción y la alegría que yo te he recibido..., porque pareciéndome aquél... me pareciste otro...

Fulgencio se acercó a ella. Estuvo a punto de confesar la verdad, pero tuvo fuerza para callar y exclamó:

—He venido a esta casa para hacerme el amo... ¿Hubo un hombre sin carácter? Pues aquí hay uno que lo tiene... Para cubrir la vacante de un muerto... un vivo.

Elsa lo miró emocionada. Se confesó indefensa ante él y se lo dijo cariñosamente:

—Me dominas con la mirada,

Fulgencio, con la palabra... con el gesto... Ya hablaremos; me parece que tú y yo acabaremos siendo muy buenos amigos.

Fulgencio le cogió una mano y se la besó emocionado, mirándola fijamente. Elsa, ruborizada, sonó co-

riendo del jardín y desde lo alto de la escalinata saludó a Fulgencio, que le devolvió el saludo con las dos manos. Y al verla entrar en la casa se lanzó sobre el balcón del jardín, desarmándolo, echándose sobre él.

IDILIO

A partir de aquel día, ninguno de los dos cuñados sabía estar sin el otro. Fulgencio la acompañaba a todas partes. Fulgencio la asociaba; no la dejaba un momento tranquila, y Elsa pensaba en lo feliz que sería la vida con aquel hombre.

Fulgencio, por su parte, era el hombre más feliz de la tierra. A medida que pasaban los días se iba dando cuenta de que iba recuperando el amor de su esposa. No le cabía duda de que le amaba. Estaba seguro de ello, porque lo había leído en la infinidad de veces en sus ojos, en aquellos por los que él tanto luchó

para obtener de ellos una mirada cariñosa.

La única que le crispaba los nervios era doña Restituta. Esta, creyendo en que era su antiguo amor, le buscaba por todas partes para que le hiciera recordar aquel maldito idilio.

Fulgencio le huía como quien huye del diablo, y en muchas ocasiones doña Restituta lo decía:

—No sé dónde te metes... Siempre te estoy buscando y no te encuentro.

—Claro—respondió él.

—¿Cómo claro? ¿Acaso me haces?

—Sí..., te huyo..., te huyo...

—¿Por qué?

—Porque te temo... Te temo...
Restituta...

Ella, creída que era por miedo a aquel amor que sentía por él, le respondía, mimosa:

—No me temas, pichoncito mío. Tú sabes que siempre fué mi corazón tuyo.

—¿Qué más quisiera yo, que haberlo tenido entre mis manos—respondió Fulgencio pensando que de haberlo tenido lo habría retorcido como si fuera un guñapo.

—¿Lo dudas?—le preguntó ella.

Fulgencio no respondió. No sabía qué hacer para desprenderse de su suegra, y ésta continuó diciéndole:

—Pídemelo algo, aunque sea lo más imposible, y verás cómo tu palomita está dispuesta a hacerlo por ti.

Y coloquios como éste tenía que sufrir el pobre Fulgencio casi todos los días mientras ansiaba estar a solas con Elsa y vivir aquel amor que él presentía en el corazón de la que fué su esposa y ahora era su viuda y su cuñada.

A veces Elsa los sorprendía, y al adivinar el suplicio que para Fulgencio eran aquellas conversaciones, le decía:

—Nada, hijo, te has ganado a mi madre.

—Pues te la regale—respondió Fulgencio rápidamente, ante el temor de que aquel premio fuera de verdad.

—¿Lo dices de una forma, como si te molestara su afecto y su cariño?—le reprendía Elsa.

—Claro que me molesta... Tú no puedes imaginarte lo que es el tener que soportar esa pasión volcánica que se ha despertado o ha reverdecido en el corazón de tu madre... ¡Es inaguantable!

—¡Por Dios, Fulgencio, que se trata de mi madre!

—Sí, ya lo comprendo... es tu madre, pero yo no la puedo aguantar.

—Pues antes, según ella, bien enamorado que estabas.

—¿Quién... Yo?... ¡Qué iba a estar enamorado de ella.

Y Elsa, interiormente sonreía y disfrutaba del mal humor de su cuñado. Cuando lo veía desesperado le consolaba, diciéndole:

—¿Quieres acompañarme?

—Desde luego.

—Iremos a dar un paseo en el coche, luego iremos a merendar, a bailar, a vivir... ¿Qué te parece?

—Admirable. Ya sabes que es lo

EL DIFUNTO ES UN VIVO

que más me gusta. Y con tal de estar alegre, me importa todo lo demás tres pepinos.

—Pues en marcha.

Y cogían el coche y se iban de excursión por los alrededores, buscando los sitios solitarios, como si

Ella quisiera hacerle perder los estribos y sus propósitos de no descubrir su verdadera personalidad. Indudablemente, su mujer le estaba engañando, estaba flirteando con él y esto le agradaba, porque aquel engaño era con él mismo.

PREPARANDO LA FUGA

UNA mañana, mientras se bañaban, Fulgencio corrió tras ella, y cuando la alcanzó le dijo apasionadamente:

—Eres adorable, Elsa. Eres la mujer más bonita del mundo y me has hecho caer como un gorrión rendido y aturdido... El gorrión está a tus pies, esperando hacer el nido.

Elsa le oía sonriendo. Había en sus ojos un fulgor de cariño y de ironía al mismo tiempo, verdaderamente incomprensible.

Fulgencio intentó cogerle una

mano y Elsa al darse cuenta que había un bañista cerca le advirtió:

—Cuidado, Fulgencio, que pueden vernos.

—Qué nos importa nadie si el amor en nuestros pechos luce, late y brota... Qué importe lo que pase alrededor. Si hay algún radio-escucho es un idiota.

El bañista, al oírse llamar idiota, se alejó rápidamente.

Elsa se echó a reír cuando vio desaparecer tan aprisa al bañista, y le dijo:

—Confieso que posees un intere-

EL DIFUNTO ES UN VIVO

sante poder y dominación y te admiró...

—La primera ráfaga de tus ojos —siguió diciéndole él— produjo un incendio en mi corazón que no podrán apagar todos los bomberos del mundo.

Ella retiró la mano que él le tenía sujeta, y mirándole preocupada, le dijo:

—Cuidado, Fulgencio.

—Nadie nos importa—continuó cada vez más apasionado Fulgencio—. Hemos formado en el castillo de las ilusiones, los sueños de nuestra felicidad.

—¡Oh!—gritó ella sorprendida.

—¿Qué tienes? —preguntó él también sorprendido.

—No es nada—le dijo Elsa serenándose—. Es una ráfaga del pasado que cruzó. Esa misma frase me la dijo Inocencio el día que se me declaró.

Fulgencio procuró disimular la motedura de pata, y respondió:

—¡Qué desagradable coincidencia!... Te agradecería que no volvieras a nombrármelo.

—¿Tienes celos?—preguntó ella sonriendo.

—Hasta de la cuchara con que comes, porque se roza con tus labios.

Ella suspiró alegremente, y le dijo:

—Seremos felices, Fulgencio, porque tú me comprendes... Porque tú me quieres... Mi corazón es una mariposa que sólo vive alrededor de mucha luz.

—Yo seré para ti un arco voltaico—siguió diciéndole Fulgencio—. Elsa, es preciso no titubear más... Nos casaremos pasado mañana... mañana... Hoy mismo si tú quieres. Porque para ser felices no nos falta nada... Tenemos el amor que es la lámpara incandescente que irradiará el calor eterno que ha de fundir nuestros corazones en el crisol donde pululan los átomos invisibles de nuestras almas depuradas. Y además de todas esas idioteces tenemos lo práctico para el viaje... Tenemos el dinero..., el certificado de virginidad... y los salvaconductos...

Elsa, entusiasmada ante la elocuencia de Fulgencio no pudo menos que expresarle su admiración, diciéndole:

—Eres inmenso, Fulgencio. Convences... arrastras.

—Y ~~pero~~ — terminó diciendo él—. Desde hoy liquidación total del pasado...

Elsa le escuchaba entusiasmada y Fulgencio siguió diciéndole:

—Nos desprendemos de todos los trastos viejos e inútiles... Empezaremos por tu madre.

—Fulgencio—exclamó ella sorprendida de aquel pensamiento.

—Le regalaremos la finca, y nosotros a París.

—La ilusión de toda mi vida—suspiró Elsa.

—Nos escaparemos esta misma noche—le propuso Fulgencio, cada vez más entusiasmado con aquella huida con su propia mujer.

Elsa se levantó e hizo ademán de marcharse mientras él la seguía diciendo:

—A las siete cruzaré el zaguán por última vez... Corra de viajero... gabán de trotamundos. Un maletín con una guía Michelin y un corazón con la puerta entreabierta para que no tengas más que empujar y meterte dentro.

Llegaron a la caseta de baño, y Elsa intentando entrar dentro, le dijo:

—A las siete... iré a despedirme.

—¿Trás conmigo? — le preguntó ansiosamente Fulgencio.

—¡Sueita loco! — exclamó ella librándole la mano de las de él—. Yo no doy un escándalo.

Pero Fulgencio, sin quererle marchar hasta tener una respuesta afirmativa, siguió diciéndola:

—Vas a ser la mujer más feliz del mundo... Viviré solo para comprenderte; viviré para que la alegría de tu vida no se apague nunca...

Elsa sonrió ante todas aquellas promesas, y le dijo, ruborosa:

—No sé cuándo me siento más feliz, si cuando me hablas en broma o en serio, como ahora.

Entró por fin a la caseta y Fulgencio, loco de alegría, corrió hacia la suya. En el trayecto se encontró con el bañero, y le abrazó diciéndole:

—Mi mujer me engaña, ¿sabe usted?

Dió un salto y quedó montado en los brazos del bañero, que le miró

EL DIFUNTO ES UN VIVO

ba sorprendido de que un hombre estuviera tan contento porque su mujer le engañase. Fulgencio siguió diciéndole:

—Sí, hombre, mi mujer me en-

gaña; pero eso no tiene importancia; es conmigo misma.

Y en la lucha por desasirse de él, el bañero perdió pie y los dos cayeron al agua.

EL DIFUNTO ES UN VIVO

AL mismo tiempo que esto ocurría, en la finca, doña Restituta hablaba con Luquitas que, asombrado de lo que la viuda le decía, exclamó:

—Pero, ¿qué dices, Restituta?

—Que le amo con toda la fuerza de mi corazón y de la experiencia de mis treinta y cinco años.

—¡La Giralda en pijama!—exclamó Luquitas—. ¿Pero qué locura es esta? ¿Tú no sabes que ha decidido marcharse hoy a las siete?

—¿Cómo?—exclamó doña Restituta—. ¿Marcharse? ¿Perderlo por segunda vez? ¡No, Luquitas, no!

—¿Y qué vas a hacer para retenerlo?

—Mira, Luquitas—le dijo ella—. El me ama... Lo he comprendido en sus miradas furtivas... En sus apretiones de manos... ¡A las siete has dicho? Pues yo me iré con él... ¡Qué alegría y qué sorpresa voy a darle!

—¿Pero qué dirá la gente?... ¿Qué dirá tu hija?—preguntó Luquitas, asombrado.

—Que digan lo que quieran. Nadie tiene derecho a destruir mi felicidad... A las siete se fundirán dos almas... Julieta va a caer en los brazos de Romeo y... allá película...

Salió corriendo hacia sus habitaciones para poder estar preparada a la hora que le había dicho Luquitas, loca de alegría de poder al fin

conseguir el sueño que tanto tiempo llevaba acariciando.

Luquitas la vió marchar, se llevó las manos a la cabeza y, haciendo gestos que daban a entender que estaba loca, exclamó:

—¡Como una regadera!

Quedó sorprendido al ver entrar a Fulgencio de la mano de Elsa y oír a ésta que le decía:

—Es lo más grande que he oído en mi vida.

—Pero es el mejor medio para conseguir la felicidad—le dijo Fulgencio.

—¿Y qué necesidad hay de hacer eso?—preguntó sonriendo maliciosamente Elsa—. Yo no doy una campanada de esa clase... ¿Qué diría mamá?

—No te preocupes de ella. Debemos pensar en nosotros. Tú dime de una vez si me amas.

—Nombre, es que lo preguntas así... de una forma—exclamó Elsa.

—¿Pues de qué forma quieres que te lo pregunte?... ¿Acaso te lo preguntó mi hermano de otra forma cuando tú le dijiste que sí.

—Aquello era diferente—le dijo Elsa—. Entonces yo era soltera.

—Pues ahora eres viuda. Para el caso es lo mismo.

Luquitas, que todavía no había sido visto por ellos, los oía hablar, y pensaba que el lio iba siendo cada vez mayor.

No se le ocurría pensar cuál habría sido la proposición que Fulgencio hacía a su esposa y que ésta rechazaba tan categóricamente.

Fulgencio, firme en su idea de huir con Elsa, seguía insistiendo y le decía de nuevo:

—Ya te he dicho el medio mejor para que nadie se entere. Yo te esperaré en el jardín.

—Que no, Fulgencio—insistió a su vez Elsa.

—Entonces es que no me quieres como yo pensaba.

—¿Pero tú crees que está bien que a las pocas semanas de quedar viuda huya contigo sin saber adónde?

Fulgencio le cogió las manos y le dijo amorosamente:

—Yo te diré dónde iremos.

—¿Dónde?—preguntó sonriendo Elsa.

—Pues a la Gloria. ¿Tú crees que contigo se puede ir a otro sitio que no sea allí?

—Eres un loco, Fulgencio — le dijo Elsa—. Yo creí que serías más consecuente. No te habría creído nunca tan vehemente como eres. Tu hermano me había hablado mucho de tu carácter, pero nunca me dijo que fueses así con las mujeres.

—Pues ya lo ves—le dijo Fulgencio—. Yo, para las mujeres, siempre he sido un temperamento volcánico.

Luquitas se llevaba las manos a la cabeza. Se preguntaba si era posible que aquel hombre tan decidido fuese el mismo que el otro que hacia tiempo él había conocido.

Pero cuando llegó al colmo de su sorpresa fué cuando vió que Fulgencio hacia ademán de estrechar entre sus brazos a Elsa y ésta le rechazaba diciéndole:

—¡Quita, loco!... ¿No ves que puede bajar mamá?...

—Pues la haremos subir otra vez —le dijo riendo Fulgencio—. Tu madre siempre tiene que ser la sombra de mi vida.

Elsa le miró y, riendo irónicamente, le preguntó:

—Siempre te tienes que meter con mi madre.

Fulgencio miró hacia las habitaciones de doña Restituta, y poniendo en sus palabras todo el odio que hacia ella sentía, exclamó:

—Es que tú no sabes el afecto que nos tenemos... Siempre hemos sido muy buenos amigos.

—Bueno, adiós, Fulgencio—terminó diciéndole Elsa.

Pero Fulgencio la cogió de una mano para obligarla a detenerse y le dijo:

—No te dejaré marchar hasta que me digas qué has decidido.

—Ya te lo he dicho—respondió ella.

—No te atreves a huir conmigo.

—No—le dijo seriamente ella.

—¿Serás capaz de dejarme marchar solo?

—Tú no serás capaz de marcharte—le dijo Elsa.

—¿Tan segura estás de que no podría vivir sin ti?

—No es eso—replicó Elsa—: es que tú mismo sabes que no debo hacerlo. ¿Qué diría la gente?

—¿Te importa más la gente que yo?

—Me importa mi reputación.

—Pues haz lo que hagas, yo te

esperaré, y si no vienes, me marcharé solo. Te llamaré con la bocina del coche, y si no bajas, me iré y no volverás a verme. Piénsalo bien que en este momento nos jugamos nuestra felicidad.

Elsa le miró fijamente, como si quisiera leer en su mirada la certidumbre de aquella afirmación, y no se atrevió a responderle.

Fulgencio vio a Luquitas y lo saludó diciéndole:

—Hola, Luquitas.

—Hola, Fulgencio — respondió éste, pensando cada vez más en el flo que andaban todos metidos:

Elsa se despidió de Fulgencio, diciéndole:

—Voy a mis habitaciones.

Fulgencio la siguió con la mirada hasta que desapareció, y luego, dando rienda suelta a su alegría, echó a correr adonde estaba Luquitas, diciéndole:

—Abrazame, Luquitas... Soy el hombre más feliz del Universe...

—¿Pero qué es lo que te pasa?

—Ahí es nada... Que he conquistado a mi mujer.

Luquitas no estaba tan alegre

como su amigo, ni compartía el mismo optimismo, por lo que le dijo:

—Oye, Inocencio... Tienes que saber que mamá Rostituta...

—No me digas nada de esa mujer... Ya no me distraen los loros.

—Pero, escucha...

—Nada, no quiero saber nada de ella.

Y sin esperar ninguna explicación echó a correr escaleras arriba para preparar sus maletas y preparar también la fuga con Elsa.

Estaba seguro de que Elsa acudiría a la cita que le había dado, y seguro también de que desde aquel día su felicidad sería completa.

—Pero, atiéndeme, hombre— insistió Luquitas.

Y Fulgencio, desde la escalera, le dijo:

—Nada, chico, que tenía que morirme para saborear la felicidad conyugal... Me casaré con mi viuda... Mi mujer me engaña conmigo mismo...

Y el pobre Luquitas, con la boca abierta, asombrado de cuanto estaba ocurriendo, tuvo que contentarse con presenciar la alegría de aquel hombre que se sentía dichoso como nunca lo había sido.

LA RECONCILIACIÓN

EN cuanto entró a su cuarto, Fulgencio comenzó a sacar sus ropas. Había desaparecido el hombre cuidadoso de otro tiempo que exigía cada cosa en su sitio. El de ahora, sin preocuparse de nada, iba metiendo en las maletas las prendas tal y como las recogía, arrugando las camisas, las corbatas. Todo iba dentro hecho un ovillo sin importarle nada.

Pero lo más grave del caso es que lo mismo que hacía él, lo hacía también doña Restituta.

Poseída por aquella pasión preparaba también su equipaje dispuesta a darle lo que ella creía una agradable sorpresa. Pensaba en la alegría

que experimentaría Fulgencio cuando la viera dentro del coche y supiera que estaba dispuesta a huir con él donde quisiera llevarla.

Ni por un momento se detuvo a mirarse al espejo para darse cuenta de que a sus años aquella pasión era imposible y hasta ridícula. La llama que consumía su corazón cuarentón quemaba todos los razonamientos que pudiera hacerse.

En otra habitación contigua, Elsa, sentada ante su tocador se agitaba nerviosamente sin saber qué partido tomar.

Por fin se levantó, recorrió la habitación dos o tres veces y encendió un cigarrillo.

Se asomó al balcón para ver si estaba el coche de Fulgencio; y luego volvió a entrar nuevamente arrojando con rabia el cigarrillo sobre el suelo. Dio otro paseo por la estancia y se restregó nerviosamente las manos. En su rostro se dibujó de nuevo aquella sonrisa irónica que había tenido en otras ocasiones y que había pasado desapercibida para todos y encendió otro nuevo cigarrillo. Tampoco lo pudo terminar y, apenas lo había encendido, lo volvió a arrojar.

Se advertía en ella una lucha interna superior a su voluntad. Por un lado, la invitación de él la atraía, por otra parte, temía el escándalo. Luchaba consigo misma, aunque comprendía que toda lucha resultaría inútil.

Fulgencio, una vez hechas sus maletas, salió al pasillo para ir en busca del coche. Mas apenas salió, vió que se abría la puerta de la habitación de doña Restituta y apenas si tuvo tiempo de volver nuevamente a esconderse.

Doña Restituta, antes de ausentarse miró alrededor suyo, y luego, haciendo ademán de despedirse de todo, se alejó alegremente hacia el jardín.

Poco después llegó adonde estaba el coche de Fulgencio, abrió el

«roadster» y se ocultó dentro de él para que no la viese nadie.

Esperaba estar lejos de su casa para salir de allí y darle la sorpresa mayor de su vida a Fulgencio.

Este, desaparecido el peligro de poderse encontrar con doña Restituta, salió por fin de su habitación, se detuvo un instante en el pasillo para asegurarse de la hora que era, y, convencido que tenía el tiempo justo, corrió también al jardín para apoderarse de su coche.

Sin sospechar siquiera que pudiera llevar atrás como pasajera a doña Restituta, lo puso en marcha y fué a la puerta de la casa para esperar la llegada de Elsa, seguro de que no faltaría a la hora convenida.

Hizo sonar la bocina dos o tres veces, y Elsa desde su habitación oyó la llamada de Fulgencio.

Era aquel el momento decisivo de su vida. Tenía que decidirse y huir en pos de la felicidad que le brindaba Fulgencio. No lo pensó un instante más. Se puso el abrigo y el sombrero de cualquier forma y bajó adonde estaba Fulgencio.

Sin decir nada se metió dentro del coche, pero antes de que Fulgencio pudiera emprender la marcha, apareció Luquitas. Elsa, por mirado a verse descubierta, se acurrucó dentro del coche y se echó sobre ella el

abrigo, de forma que Luquitas no pudiera verla.

Cuando se acercó el amigo de Fulgencio le dijo:

—¿Qué pasa?

—Menos mal, Inocencio que he llegado a tiempo.

El otro le hizo ademán de que se callase, dándole a entender que Elsa estaba allí; pero Luquitas, sin comprenderlo, siguió diciéndole:

—Menos mal que tu mujer no te ha querido seguir.

Nuevamente su amigo le hizo señas para que se callase, pero el bueno de Luquitas, que era más inocente que un colegial, sin entenderlo, siguió diciendo:

—Menos mal, porque algún día se iba a enterar de tu engaño y figurate la tragedia.

—¡Te quieres callar! — exclamó Fulgencio sin poderse contener.

Luquitas se le quedó mirando, sin comprenderlo, pero antes de que pudiera responder nada, Elsa se quitó el abrigo y, encarándose con su marido, le dijo:

—Sí... Porque yo soy tonta, ¿verdad, Luquitas?

—¡Elsa! — exclamó Fulgencio.

—¡Elsa! — dijo a su vez Luquitas, llevándose las manos a la cabeza, asustado de lo que iba a ocurrir.

—¿Pero tú sabías...? — preguntó Fulgencio.

—¡Todo, hombre, todo! — respondió riendo Elsa.

Y ante la mirada de extrañeza de su marido, siguió diciéndole:

—Toma esta carta.

La sacó de su monedero, y continuó:

—Es del administrador de tu hermano, del auténtico Fulgencio... Te comunico que todos los bienes de tu difunto hermano han pasado a ti; entre ellos una flauta, porque para que lo sepas de una vez, tu hermano no tocaba el piano: era concertista de flauta.

Fulgencio cogió nerviosamente la carta que le entregaba Elsa y leyó su contenido, que no era otro, sino el que ella le había dicho.

De pronto tuvo miedo a que ella se le volviese a escapar y apretó el acelerador para salir huyendo con su mujer.

Doña Rostifleta abrió en aquel momento el «roadster». Estaba tentada de emprenderla a golpes contra su verdadero yerno, pero no pudo hacerlo porque al arrancar el coche la lanzó al suelo. La suerte suya fue que estaba allí Luquitas y cayó en los brazos de éste, presa de un ataque nervioso.

Pero ni su hija ni su yerno la podían ver. El coche salió rápidamente

de la finca, rompiendo la valla de madera y haciendo eses para librarse de los árboles.

Elsa, temiendo que en uno de aquellos virajes se iban a estrellar se abrazó a su marido, y éste la cogió la cara para besarla. Un viraje más rápido que los anteriores hizo que volviera nuevamente a poner atención en el volante.

Fueron los dos del miedo pasado, y Elsa, loca de alegría se quitó el sombrero que la estorbaba para besar a su marido, y lo lanzó al aire.

Poco a poco fué desapareciendo el coche, en el que iban los esposos reconciliados, que, ebrios de felicidad, iban en busca de aquella dicha que les prometía aquella huida de verdaderos enamorados.

FIN

Recuerde este título
JARDIN
& **PAPEL**



PÚ PU PÍ DÚ

Canción fox de la película Campa - Cifesa

EL DIFUNTO ES UN VIVO

Letra:

Izquierdo y Prado

Música:

Mtro. DUBÁN MEDRANT

*Pa pu pí dâ, canto ideal,
de ritmo loco, moderno y sensual.
Pa pu pí dâ quiere decir
alegría y placer de vivir.
Pa pu pí dâ, fuego y pasión,
dulce fragancia de extraño jardín.
Notas de amor vibran en ti,
con encantos de eterna emoción.
Yo con él sentí mi pecho de amor también.
Y su dulce son yo nunca podré olvidar.
Pa pu pí dâ, danza infernal,
que en noche loca me enseñaste tú.
Cuando te daba mi boca a besar
me cantabas el Pa pu pí dâ.*

CANCIONERO POPULAR

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Precio: 50 cts.

BANCOS ARGENTINOS

Imperio Argentina Carlos Gardel
Agnella Inesta Luis Mandazini

CANCIONES DE PELÍCULAS

Imperio Argentina (Alas)
Imperio Argentina (Carmen)
Estrellita Castro (Varina)

TONADILLERAS

Raquel Meller Estrellita Castro
Lola Caballo Conchita Piquer

CANZONETISTAS

Firulilla Enrique de Azco Guyita
Amalia Molina Teresa Mancuso
Mecedillas Lluís

AUTORES

Raffin

CANCIONES DE JAZZ - HOT

Tina Tassi Manuel Gualdo
Nita Casanova E. Redri-Mur

CANTAORES GITANOS

Papa Bollesteros Neco Miras

IMITADORES DE ESTRELLAS

Durban

CANTE FLAMENCO

Misa de las Palmas Misa de Utrera
Copero de Triana Nita de Marchena
Manolo Constantino El Sevillano
Misa de Linares Juanito Valeriano
Rosa de Andalucía El Argentine

EXCÉNTRICOS

Alady Rafael Arce

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS

75 cts.

JAZZ HOT ÉXITOS DEL CINE AMERICANO LA COFLA ANDALUZA

CANCIONERO VII ÉPOCA

Luisa Estela

1'25 pta.

Número extraordinario: Una pta.

Los éxitos del Jazz

Ritmos del Jazz

Tangos: 1. Argentina - Carlos Gardel

Las melodías de moda

200 copias de canto flamenco

Jazz-Hot (Ramón Enríquez)

Jazz-Hot (Joan Planas)

R. Medina

Jazz y canciones de moda

Musa cubana (Mochén)

Éxitos del momento (Jazz)

Jazz-Hot (Trudi Bore)

Jazz-Hot (Luis Duque)

NUESTRO TEATRO

NÚMEROS PUBLICADOS:

2 pta.

LOS INTERESES CREADOS

J. Benavente

LA TABERNERA DEL PUERTO

F. Romero y G. Fernández Shaw

MARÍA DE LA O

Rafael de León

LUNA FERNANDA

F. Romero y G. Fernández Shaw

ROMANCE DE LOLA MONTES

L. F. Ardevin

EL DEFUNTO ES UN VIVO

Prada e Iquino

LOS CLAVELES

Carreño y Sevilla

MORENA CLARA

Quintero y Guillén

LA DEL MANOJO DE ROSAS

Ramón de Castro y A. Carrasco

LA MALQUERIDA

J. Benavente

SOL Y SOMBRÁ

Quintero y Guillén

MOLINOS DE VIENTO

L. Pascual Frutos

LA CANCIÓN DEL OLVIDO

F. Romero - G. F. Shaw

LA DEL SOTO DEL PARRAL

Carreño y Sevilla

Pedidos a EDITORIAL «ALAS», - Apartado 707. - BARCELONA

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Gracia Carbo y Robert Taylor
El bailarín pinto	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Los dos niños de París	C. Bingham
Maria Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilletes	Jacques Teyssié
Apuesta de amor	Gene Raymond
La vuelta de Anonim	Warren William
Lupin	Mickey Rooney
Ferja de hombres	Gino Cervi
Hijos Florentino	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	Edmund Lowe
Bajo el manto de la noche	Lily Pons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Sepultado en vida	C. Benner
Una pareja invisible	C. Grant
La mujer sin alma	John Boles
El dominó verde	Daniella Darius
Dames del teatro	Kath. Hepburn
El detective y la comedia	Zazu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Los demonios del crimen	Richard Dix
Una aventura de la Puigadeur	Kate de Nagi
La última avanzada	Cary Grant
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willi Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Las vacaciones del juda	Mickey Rooney
Harvey	Ann Southern
Cupido sin memoria	Paula Wessely
Mario línea	Charles Laughton
Posada Jamaica	Oliver Brook
El caso Vera	Leslie Howard
Pygmalion	Nine Martini
La quimera de Hollywood	M. Reedgrave
Alarma en el espacio	Heinz Rühman
Los tres vagabundos	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la fama y al limón	Miguel Ligero
La Partida	Maruja Tomás
La Penitencia	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Ensa de Afruz	Rafael Medina

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falta	Miguel Ligero
Rumbo al Caim	Miguel Ligero
El octavo mandamiento	Lina Yegros
La reina mora	Maria Anas
Resurrección madrileña	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
Mulines de viento	Pedro Terol
¡No quiero! (No quiero)	José Bauera
La canción de Alas	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Eran tres hermanas	Luisa Cergallo
Belconius	Enlla Alaga
Don Flaripandú	Valentino León
Melodía de arrebol	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardol
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Legenda rota	Miguel Ligero
El crimen de medianoche	Juan de Ordoña
Martingala	Ramón Parada
Rapto en ustad	Niño Marchena
Ustad tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Santamaría
Jai-Alai	Maruthi Fresno
¿Quién me compra un flor?	Inda de Val
La alegría de la huerta	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Piera Santacruz
El difunto es un vivo	Maruja Gómez
Alas de paz	Antonio Vico
	Lola de Valois

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Sabó, Troamay de las alfantes	Sabó
Tú cambiarás de vida	M. Reedgrave
El sobre lazoado	L. Gargallo
Carmen, la de Triana	I. Argentina
La Dolores	Rosita Díaz
La Millana	R. de Santamaría
Suspiro de España	Miguel Ligero
Gloria del Montaña (Los de Aragón	M. de Diego

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligero
Estrellita Castro	Shirley Temple
Alfreda Mayo	Melvin Douglas
Manuel Lina	Antonia Vico

EDICIONES A

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA

1875



2⁵⁰ Ptas.